

EMERGENCIA DE CULTURAS JUVENILES ESTRATEGIAS DEL DESENCANTO

Rossana Reguillo Cruz

Reguillo Cruz, r. Emergencia de culturas juveniles.
Estrategias del desencanto. Buenos Aires: Norma, 2000
Grupo Editorial Norma
*Barcelona, Buenos Aires, Caracas. Guatemala,
Lima. México, Panamá, Quito. San José, San Juan,
San Salvador Santafé de Bogotá. Santiago*

Soy anarquista. soy neonazi, soy un esquinjed y soy
ecologista. Soy peronista, soy terrorista, capitalista
y también soy pacifista / Soy activista sindicalista,
soy agresivo y muy alternativo. Soy deportista,
politeísta y también soy buen cristiano / Y en las
tocadas la neta es el eslam pero en mi casa si le meto
al tropical... Me gusta tirar piedras, me gusta recogerlas,
me gusta ir a pintar bardas y después ir a lavarlas.

CAFÉ TACUBA

Me llaman el desaparecido / que cuando llega ya se
ha ido volando vengo volando voy / de prisa de prisa
a rumbo perdido. / Cuando me buscan nunca estoy /
cuando me encuentran yo no soy / el que está
enfrente porque ya / me fui corriendo mas allá. Me
dicen el desaparecido / fantasma que nunca esta / me
dicen el desaparecido / pero esa no es la verdad /
llevo en el cuerpo un dolor / que no me deja
respirar / llevo en el cuerpo una condena que
siempre me echa a caminar.

MANU CHAO

Introducción

A la juventud la conmueve aquello que la política, en gran parte, excluye: ¿Cómo frenar la destrucción global del medio ambiente? ¿Cómo puede ser conjurada, superada la desocupación, la muerte de toda esperanza, que amenaza, precisamente, a los hijos del bienestar? ¿Cómo vivir y amar con el peligro del sida? Cuestiones todas que caen por los retículos de las grandes organizaciones políticas... Los jóvenes practican una denegación de la política altamente política.

ULRICK BECK (1999)

En América Latina, los testimonios cotidianos que evidencian su irrenunciable búsqueda de una sociedad más inclusiva y democrática se estrellan contra el creciente deterioro económico, la incertidumbre y la fuga del futuro. El debilitamiento de los mecanismos de integración tradicional (la escuela y el trabajo, centralmente) aunado a la crisis estructural y al descrédito de las instituciones políticas, genera una problemática compleja en la que parecen ganar terreno la conformidad y la desesperanza, ante un destino social que se percibe como inevitable.

Es en este contexto donde adquiere relevancia la pregunta por las formas organizativas juveniles, por sus maneras de entender y ubicarse en el mundo, por los diversos modos en que se asumen ciudadanos.

Los jóvenes se han autodotado de formas organizativas que actúan hacia el exterior -en sus relaciones con los otros— como formas de protección y seguridad ante un orden que los excluye y que, hacia el interior, han venido operando como espacios de pertenencia y adscripción identitaria, a partir de los cuales es posible generar un sentido en común sobre un mundo incierto.

La anarquía, los graffitis urbanos, los ritmos tribales, los consumos culturales, la búsqueda de alternativas y los compromisos itinerantes, deben ser leídos como formas de actuación política no institucionalizada y no como las prácticas más o menos inofensivas de un montón de desadaptados.

Entre los jóvenes, las utopías revolucionarias de los setenta, el enojo y la frustración de los ochenta, han mutado de cara al siglo veintiuno, hacia formas de convivencia que, pese a su acusado individualismo, parecen fundamentarse en un principio ético-político generoso: el reconocimiento explícito de no ser portadores de ninguna verdad absoluta en nombre de la cual ejercer un poder excluyente. Por ello, principalmente, este es un libro sobre jóvenes.

Pese a las diferencias entre los distintos tipos de adscripción identitaria que dan forma al territorio de las culturas juveniles, algunas de cuyas manifestaciones se analizan en este libro, parece haber una constante: el grupo de pares, que opera sobre la base de una comunicación cara a cara, se constituye en un espacio de confrontación, producción y circulación de saberes, que se traduce en acciones. De maneras diversas, con mayor o menor grado de formulación, lo que caracteriza a estas grupalidades es que han aprendido a tomar la palabra a su manera y reapropiarse de los instrumentos de comunicación. Por ello, este es un libro de y sobre la comunicación. La consigna "no hay futuro", que ha operado como bandera interclasista entre los jóvenes (por diferentes motivos), que señalaría por tanto que todo presente es absurdo parece estar cambiando por la de "no habrá futuro", a menos que podamos intervenir a tiempo, como coinciden diferentes colectivos juveniles. Ello significa pensar y actuar en el presente a partir del compromiso con uno mismo, con el grupo y con el mundo. Por ello, este es un libro sobre un futuro que no puede renunciar a la memoria.

En el caótico paisaje político y social que nos desvela, conviene tener en cuenta la pregunta acerca de quien o quienes están socializando para la vida; donde los espacios inclusivos que den un lugar a la diversidad; donde los procesos articuladores que integren en la esfera pública las diversas voces y esfuerzos cotidianos. Reconocer la densidad (y la complejidad) de un tejido social conformado por una multiplicidad de colectivos que están dinamizando día a día la sociedad, requiere estudiar las formas organizativas que "desde abajo" plantean propuestas de gestión y de acción, aunque estas escapen a las formas tradicionales de concebir el ejercicio político y a sus escenarios habituales. Por ello, este es un libro que quiere aludir a las transformaciones de la escena política.

Metodológicamente en este libro se ha utilizado un modelo múltiple, cuyo componente central radica en las dimensiones discursivas de la acción. A lo largo de varios años he dado seguimiento a muchos y muy diversos colectivos juveniles, priorizando los espacios y los tiempos en que pasan a un estado activo y visible en el espacio público. Se utiliza la observación, la entrevista en profundidad, tanto individual como colectiva y, de manera privilegiada el grupo de discusión, como dispositivos metodológicos que han permitido, simultáneamente, situar al actor y penetrar el universo de sus representaciones.

Analizar, desde una perspectiva sociocultural, el ámbito de las prácticas juveniles, hace visibles las relaciones entre estructuras y sujetos, entre control y formas de participación, entre el momento objetivo de la cultura y el momento

subjetivo. Intentar comprender los modos en que cristalizan las representaciones, valores, normas, estilos, que animan a los colectivos juveniles, es una apuesta que busca romper con ciertos "esteticismos" y al mismo tiempo con esa mirada "epidemiológica" que ha pesado en las narrativas construidas alrededor y sobre los jóvenes.

El enfoque sociocultural implica, entonces, historicidad, es decir miradas de largo plazo y, necesariamente, una problematización que atienda lo instituyente, lo instituido y el movimiento.

Las impugnaciones que los jóvenes le plantean a la sociedad están ahí, con sus fortalezas y debilidades, con sus contradicciones y sus desarticulaciones. Las culturas juveniles actúan como expresión que codifica, a través de símbolos y lenguajes diversos, la esperanza y el miedo. En su configuración, en sus estrategias en sus formas de interacción comunicativa, en sus percepciones del mundo hay un texto social que espera ser descifrado: el de una política con minúsculas que haga del mundo, de la localidad, del futuro y del día un mejor lugar para vivir. De todo ello trata este libro.

Muchas deudas se han acumulado a lo largo del trayecto. Mi agradecimiento y reconocimiento a Aníbal Ford, inteligente y generoso interlocutor, en estos tiempos donde abunda el simulacro y **escasea** la palabra. A Renato Ortiz, a Néstor García Canclini y a Jesús Martín Barbero, con quienes la aventura de pensar es siempre un desafío placentero; a José Manuel Valenzuela y Alonso Salazar, cómplices de tantas lunas y socios en la incertidumbre; a José Antonio Pérez Islas, que sabe ponerle nombre al compromiso; a Mónica Valdés, que nunca se agota en el intento; a los intelectuales "defesos", Adrián de Garay, César Gisneros, Alfredo Nateras, Maritza Urteaga, por las críticas fecundas y los problemas en que me ponen sus preguntas; a Alejandra Navarro, Arsi Quevedo, Irene Rojas y Margarita Hernández, mis asistentes de investigación en diferentes momentos del proceso, por su talento y generosidad; y, por supuesto, a la banda: el Benja, el Guilligan, el Pelos, el Héctor, el Sotelo y muchos otros que han sabido ser, además de mis sensibles guías, mis amigos en esta travesía.

Guadalajara, México Mayo de 2000

CAPITULO 1

PENSAR LOS JOVENES.

UN DEBATE NECESARIO

Adoptar el punto de vista de los oprimidos o excluidos puede servir, en la etapa del descubrimiento, para generar hipótesis o contrahipótesis, para hacer visibles campos de lo real descuidados por el conocimiento hegemónico. Pero en el momento de la justificación epistemológica conviene desplazarse entre las intersecciones, en las zonas donde las narrativas se oponen y se cruzan.... El objetivo final no es representar la voz de los silenciados sino entender y nombrar los lugares desde donde sus demandas o su vida cotidiana entran en conflicto con los otros,

NÉSTOR GARCIA CANCLINI (1997)

Los jóvenes han sido importantes protagonistas de la historia del siglo XX en diversos sentidos. Su irrupción en la escena pública contemporánea de América Latina puede ubicarse en la época de los movimientos estudiantiles de finales de la década de los sesenta... Aunque en ese entonces fueron más propiamente pensados como "estudiantes", empezaba a ser claro que un actor social que tendía a ser visto con temor o con romanticismo y que había sido "construido" por una pujante industria cinematográfica como un "rebelde sin causa"¹, afirmaba,

1 En 1955, James Dean protagonizó dirigido por **Nick Ray**, la película que contribuyó a configurar el imaginario social de la juventud

a través de sus expresiones, una voluntad etc. participar como actor político de manera enfática, los movimientos estudiantiles vinieron a señalar los conflictos no resueltos en las sociedades "modernas" y a prefigurar lo que sería el escenario político de los setenta.

Cuando muchos jóvenes se integraron a las guerrillas y a los movimientos de resistencia, en distintas partes del continente, fueron pensados como "guerrilleros" o "subversivos". Al igual que en la década anterior, el discurso del poder aludió a la manipulación a que eran sometidos "los jóvenes" por causa de su "inocencia" y enorme "nobleza", como atributos "naturales" aprovechados por oscuros intereses internacionales.

La derrota política, pero especialmente simbólica, aunada al profundo desencanto que generó el descrédito de las banderas de la utopía y el repliegue hacia lo privado, volvieron prácticamente invisibles, en el terreno político, a los jóvenes de la década de los ochenta.

Mientras se configuraba el "nuevo" poder económico y político que se conocería como neoliberalismo, los jóvenes del continente empezaron a ser pensados como los "responsables" de la violencia en las ciudades. Desmovilizados por el consumo y las drogas, aparentemente los únicos factores "aglutinantes" de las culturas juveniles, los jóvenes se volvieron visibles como problema social.

Los *chavos banda*², los *cholos* y los *punks* en México; las *maras* en Guatemala y El Salvador, los grupos de *sicarios*, *bandas* y *parches* en Colombia los *landros* de los barrios en Venezuela, los *favelados* en Brasil, empezaron a ocupar espacios en la nota roja o policíaca en los medios de comunicación y a despertar el interés de las ciencias sociales³.

Al finalizar la década de los ochenta y en los tempranos noventa, una nueva operación semántica de bautizo estaba en marcha: se extendía un imaginario en el que los jóvenes eran contruidos como "delincuentes" y "violentos". El agente manipulador de esta etapa, sería la "droga". Así arranco la última década del siglo XX.

"Rebeldes", "estudiantes revoltosos", "subversivos", "delincuentes" y "violentos", son algunos de los nombres con que la sociedad ha balizado a los jóvenes a partir de la última mitad del siglo. Clasificaciones que se expandieron rápidamente y visibilizaron a cierto tipo de jóvenes en el espacio público, cuando sus conductas, manifestaciones y expresiones entraron en conflicto con el orden establecido y desbordaron el modelo de juventud que la modernidad occidental, en su "versión" latinoamericana, les tenía reservado.

Pero, sin alusión a la fuerte crisis de legitimidad de las instituciones de los sesenta, ni al inicio de la crisis de los Estados nacionales y al afianzamiento del modelo capitalista de los setenta, ni a la maquinaria desatada para reincorporar a los disidentes a las estructuras de poder en los ochenta, y mucho menos, sin hacer referencia a la pobreza creciente, a la exclusión y al vaciamiento del lenguaje político de los noventa, resulto fácil convertir a los jóvenes unto en "victimas propiciatorias", en receptores de la violencia institucionalizada, como en la figura terrible del "enemigo interno" que transgrede a través de sus practicas disruptivas los ordenes de lo legitimo social

2 Para facilitar al lector la comprensión de algunos términos en sus contextos de uso se incorpora al final del libro un glosario. Ver Pág. 165

3 Este proceso no se dio solo en América Latina. Las "clikas" o bandas en algunas ciudades de América del Norte, integradas en su mayoría por las llamadas minorías culturales como latinos y negros; la emergencia de los grupos de skinheads en Inglaterra, como un movimiento de "autodefensa" juvenil frente a la inmigración, que se extendió rápidamente hacia Alemania, Francia y España; los el movimiento anarco-punk y de manera mucho mas reciente los okupas en España, como movimiento de resistencia a los valores del "neoliberalismo" han sido algunos de los movimientos juveniles que han despertado el interés en Estados Unidos y en Europa.

El siglo XXI arranca con evidentes muestras de una crisis político-social. De maneras diversas y desiguales, los jóvenes han seguido haciendo estallar las certezas y han continuado señalando, a través de los múltiples modos en que se hacen presentes, que el proyecto social privilegiado por la modernidad en América Latina ha sido, hasta hoy, incapaz de realizar las promesas de un futuro incluyente, justo y, sobre Lodo, posible.

En un continente mayoritariamente juvenil en el que el país mas "viejo" de la región es Uruguay con un promedio de edad de 31 años, y el mas joven Nicaragua, con un promedio de 16 años; y con un crecimiento poblacional que se ubica entre el 2 y 3 % para la mayoría de los países de la región, la pregunta por los modos en que los y las jóvenes viven, experimentan e interpretan un mundo lesionado por múltiples conflictos y enfrentado a la paradoja de una globalización que parece acentuar fuertemente los valores locales, se hace urgente.

Los contextos y la condición juvenil

La juventud como hoy la conocemos es propiamente una "invención" de la posguerra, en el sentido del surgimiento de un nuevo orden internacional que conformaba una geografía política en la que los vencedores accedían a inéditos estándares de vida e imponían sus estilos y valores. La sociedad reivindicó la existencia de los niños y los jóvenes como sujetos de derechos y, especialmente, en el caso de los jóvenes, como sujetos de consume.

En el periodo de la posguerra, las sociedades del Primer Mundo alcanzaban una insospechada esperanza de vida, lo que tuvo repercusiones directas en la llamada vida socialmente productiva. El envejecimiento tardío, operado por las conquistas científicas y tecnológicas, reorganizó los procesos de inserción de los segmentos más jóvenes de la sociedad. Para restablecer el equilibrio en la balanza de la población económicamente activa, la incorporación de las generaciones de relevo tenía que posponerse.

Los jóvenes deberían ser retenidos durante un período mas largo en las instituciones educativas. La ampliación de los rangos de edad para la instrucción no es nada mas que una forma "inocente" de repartir el conocimiento social, sine también, y principalmente, un mecanismo de control social y un dispositivo de autorregulación vinculado a otras variables⁶.

Es también en la posguerra cuando emerge una poderosa industria cultural que ofertaba por primera vez bienes "exclusivos" para el consume de los jóvenes. Aunque no el único, el ámbito de la industria musical fue el más espectacular. En el caso de Estados Unidos, principal "difusor" de lo que seria el nuevo continente social de la adolescencia" como ha llamado Yonnet (1988) al mundo juvenil, las ventas de discos pasaron de 277 millones en 1955 a 600 millones en 1959 y a 2000 millones en 1973 (Hobsbawm, 1995). El acceso a un mundo de bienes que fue posible por el poder adquisitivo de los jóvenes de los países desarrollados, abrió el reconocimiento de unas señales de identidad que se internacionalizarían rápidamente. Para el historiador Eric Hobsbawm, la cultura juvenil se convirtió en la matriz de la revolución cultural del siglo XX, visible en los comportamientos y costumbres, pero sobre todo en el modo de disponer del ocio, que pasaron a configurar cada vez mas el ambiente que respiraban los hombres y mujeres urbanos (1995;331).

6 En la Europa judía de 1660, la instrucción llegaba hasta los trece años en el caso de los varones pudientes y a los diez años en el caso de los varones pobres que debían entrar a servir a esta edad (Horowitz, 1996); este es un ejemplo de como la instrucción escolar no es una variable independiente.

La visibilización creciente de los jóvenes y su enfrentamiento al *statu quo*, se daba en paralelo con la universalización acelerada de los derechos humanos en un clima político que trataba de olvidar los fascismos autoritarios de la época precedente. Los jóvenes "menores" se convertían en sujetos de derecho, fueron separados en el plano de lo jurídico de los adultos. La profesionalización de los dispositivos institucionales para la vigilancia y el control de un importante segmento de la población, va a crecer al amparo de un Estado benefactor que introduce elementos "científicos" y "técnicos" para la administración de la justicia en relación con los menores. Centros de internamiento, tribunales especializados, ya no castigo, si no rehabilitación y readaptación, van a transformar el aparato punitivo para los menores infractores⁷.

Lo que esto señala, entre otras cosas, es la necesidad de la sociedad de generar dispositivos especiales para un segmento de población que va a irrumpir masivamente en la escena pública y la conciencia de que ha "aparecido" un nuevo tipo sujeto para el que hay que generar un discurso jurídico que pueda ejercer una tutela acorde con el clima político, y que al mismo tiempo opere como un aparato de contención y sanción.

Puede decirse entonces que son tres procesos los que "vuelven visibles" a los jóvenes en la última mitad del siglo XX: la reorganización económica por la vía del aceleramiento industrial, científico y técnico, que implicó ajustes en la organización productiva de la sociedad; la oferta y el consumo cultural, y el discurso jurídico.

La "edad" adquiere a través de estos procesos una densidad que no se agota en el referente biológico y que asume valencias distintas no solo entre diferentes sociedades, sino en el interior de una misma sociedad al establecer diferencias principalmente en función de los lugares sociales que los jóvenes ocupan en la sociedad. La edad, aunque referente importante, no es una categoría cerrada y transparente.

Sin embargo, no se trata de sustituir un referente (el de la edad) por otro conjunto de referentes que tampoco son transparentes ni determinan la configuración de los mundos juveniles. Existen algunas "líneas de fuga" que exigen problematizar los contextos dinámicos en los que emerge la categoría "joven".

Resulta evidente que la realización tecnológica y los valores a ella asociados, lejos de achicar la brecha entre los que tienen y los que no, entre los poderosos y los débiles, entre los que están dentro y los que están fuera, la ha incrementado. La posibilidad de acceso a una calidad de vida digna, es hoy para más de 200 millones de

7 Pan profundizar en el tema, ver el estudio de la investigadora mexicana Elena Azaola (1990).

8 Un varón, por ejemplo de 18 años, perteneciente a los estratos socioeconómicos medios, experimenta la condición juvenil desde su adscripción a los instituciones escolares y una tutela negociada con los adultos responsables que su proceso de incorporación social; mientras que otro joven de la misma edad pero inserto en un universo socioeconómico pauperizado, que para sobrevivir se incorpora tempranamente a los circuitos de la economía informal, no suele ser definido como joven.

de latinoamericanos⁹ un espejismo. Si este dato se cruza con el perfil demográfico del continente, mayoritariamente juvenil, no se requieren grandes planteamientos para inferir que uno de los sectores más golpeados por el

empobrecimiento estructural es precisamente el de los jóvenes.

La incapacidad del sistema educativo del Estado para ofrecer y garantizar educación para todos, el crecimiento del desempleo y de la sobrevivencia a través de la economía informal, indican que el marco que sirvió como delimitación para el mundo juvenil, a través de la pertenencia a las instituciones educativas y a la incorporación tardía a la población económicamente activa, esta en crisis.

No deja de resultar paradójico el deterioro en el ámbito económico y laboral y una crisis generalizada en los territorios políticos y jurídicos, mientras que se fortalecen los ámbitos de las industrias culturales para la construcción y reconfiguración constantes del sujeto juvenil. El vestuario, la música, el acceso a ciertos objetos emblemáticos. constituyen hoy una de las más importantes mediaciones para la construcción identitaria de los jóvenes, que se ofertan no solo como marcas visibles de ciertas adscripciones sino, fundamentalmente, como lo que los publicistas llaman, con gran sentido, "un concepto". Un modo de entender el mundo y un mundo para cada "estilo", en la tensión identificación-diferenciación. Efecto simbólico y, no por ello, menos real, de identificarse con los iguales y diferenciarse de los otros, especialmente del mundo adulto.

Inexorablemente, el mundo se achica y la juventud internacionalizada que se contempla a sí misma como espectáculo de los grandes medios de comunicación, encuentra, paradójicamente, en una globalización que pende a la homogeneización la posibilidad de diferenciarse y sobre todo, alternativas de pertenencia y de identificación que trascienden los ámbitos locales, sin negarlos.

Ahí, donde la economía y la política "formales" han fracasado en la incorporación de los jóvenes se fortalecen los sentidos de pertenencia y se configura un actor "político", a través de un conjunto de prácticas culturales, cuyo sentido no se agota en una lógica de mercado.

Las constantes chapuzas, la inversión de las normas, la relación ambigua con el consumo, configuran el territorio tenso en el que los jóvenes repolitizan la política "desde fuera", sirviéndose para ello de los propios símbolos de la llamada sociedad de consumo, como intento argumentar a lo largo de este libro.

Narrativas en conflicto

Con excepciones, el Estado, la familia, la escuela. siguen pensando a la juventud como una categoría de tránsito, como una etapa de preparación para lo que sí vale; la juventud como futuro, valorada por lo que será o dejara de ser.

Mientras que para los jóvenes. el mundo está anclado en el presente, situación que ha sido finamente captada por el mercado.

9 América Latina comenzó la década de los 90 con 200 millones de pobres, es decir, con 70 millones más los que tenía 1970, principalmente como resultado de la pobreza urbana (Roux, 1994)

La construcción cultural de la categoría "joven", al igual que otras "calificaciones" sociales (mujeres e indígenas, entre otros) se encuentra en fase aguda de recomposición, lo que de ninguna manera significa que ha permanecido hasta hoy

inmutable. Lo que resulta indudable es que vivimos una época de aceleración de los procesos. lo que provoca una crisis en los sistemas para pensar y nombrar el mundo,

Si bien es cierto que la "juventud no es mas que una palabra" (Bourdieu, 1990), una categoría construida, no debe olvidarse que las categorías no son neutras, ni aluden a esencias; son productivas, hacen cosas, dan cuenta de la manera en que diversas sociedades perciben y valoran el mundo y, con ello, a ciertos actores sociales. Las categorías, como sistemas de clasificación social, son; también y, fundamentalmente, productos del acuerdo social y productoras del mundo.

Resulta entonces importante tratar de entender el conocimiento que se ha producido con relación a los jóvenes a través de una revisión de la literatura especializada, bajo el supuesto de que estas miradas "recogen" e interpretan los imaginarios presentes en la sociedad, en tanto estas narrativas aspiran a producir explicaciones sobre diferentes procesos sociales. Se trata entonces de elaborar un análisis y una reflexión crítica sobre los conceptos, las categorías, los enfoques utilizados, para ayudarnos en esta búsqueda de luces sobre los modos en que los jóvenes son pensados.

Desde donde hablan los saberes

En un primer movimiento, intento analizar la naturaleza, límites y condiciones del discurso especializado que se ha producido en Latinoamérica sobre las culturas juveniles, siempre desde una perspectiva sociocultural¹⁰.

Conceptualizar al joven en términos socioculturales implica en primer lugar no conformarse con las delimitaciones biológicas, como la de la edad, porque ya sabemos que distintas sociedades, en diferentes etapas históricas han planeado las segmentaciones sociales por grupos de edad de muy distintas maneras y que, incluso, para algunas sociedades este tipo de recorte no ha existido. No se trata aquí de rastrear las formas en que las sociedades han construido la categoría "jóvenes", sino de enfatizar el error que puede representar pensar a este grupo social como un continuo temporal y ahistórico. Por el contrario, para entender las culturas juveniles, es fundamental partir del reconocimiento de su carácter dinámico y discontinuo.

Los jóvenes no constituyen una categoría homogénea, no comparten los modos de inserción en la estructura social, lo que implica una cuestión de fondo: sus esquemas de representación configuran campos de acción diferenciados y desiguales.

Y pese a esta diferenciación, en términos generales, la gran mayoría de los estudios sobre culturas juveniles no han logrado problematizar suficientemente la multiplicidad diacrónica y sincrónica en los "modos" de ser joven, y las mas de las veces esta diferencia ha sido abordada (y reducida) al tipo de "inserción" socioeconómica de los

¹⁰ Se excluyen aquí las perspectivas psicológicas y las criminalísticas.

¹¹ Para este fin, ver por ejemplo Giovanni Levi y Jean-Claude Schmitt (1996). Y el excelente trabajo de recuperación histórica desde la antropología de Carles Feixa (1988).

jóvenes en la sociedad (populares, sectores medios o altos), descuidando las especificidades que, tanto la subjetividad como los marcos objetivos desiguales de la acción, generan. En términos de la vinculación de los jóvenes con la estructura o sistema básicamente dos tipos de actores juveniles:

- a) los que han sido pensados como "incorporados", cuyas practicas han sido analizadas a través o desde su pertenencia al ámbito escolar, laboral o religioso; o bien, desde el consumo cultural;
- b) los "alternativos" o "disidentes", cuyas practicas culturales han producido abundantes paginas y que han sido analizados desde su no-incorporación a los esquemas de la cultura dominante.

Desde luego este recorte es un tanto arbitrario pero ¿que recorte analítico no lo es?

El balance se inclina tanto en términos cuantitativos como en lo referente a la relativa consolidación de lo que podría considerarse una "perspectiva" de estudio, del lado de los "alternativos" o "disidentes"; mientras que sobre "los incorporados", la producción tiende a ser dispersa y escasa.

Estas tendencias señalan que el interés de los estudiosos se ha centrado de manera prioritaria en aquellas formas de agregación adscripción y organización juvenil que transcurren al margen o en contradicción con las vías institucionales. Esto apunta a una cuestión resulta vital y no es de ninguna manera "inocente" o "neutra" la pregunta por el sujeto.

La pregunta por los jóvenes en tanto sujetos de estudio ha estado orientada por una intelección que, con sus matices y diferencias, desde diversas perspectivas ha intentado reconocer cuales son las características y las especificidades del sujeto juvenil.

La casi imposibilidad de establecer unos márgenes fijos, "naturales" al sujeto de estudio, ha llevado a una buena parte de los estudiosos de esta vertiente a situarse en los territorios de los propios jóvenes¹² lo que ha dado como resultado una abundante cantidad de libros, reportes, monografías, tesis, videos, que miran al joven como esencialmente contestatario o marginal.

Sin embargo y pese a la relativa consolidación de este tipo de enfoques, es frecuente encontrar en estos estudios una tendencia fuerte a (con) fundir el escenario situacional (la marginación, la pobreza, la exclusión) con las representaciones profundas de jóvenes o, lo que es peor, a establecer una relación mecánica y transparente entre prácticas y representaciones.

Por ejemplo, la calle en tanto escenario "natural", se ha pensado como "antagonista" en relación con los espacios escolares o familiares y no es problematizada como el espacio de extensión de los ámbitos institucionales en las prácticas juveniles. Así, los jóvenes en la calle parecieran no tener vínculos con ningún tipo de institucionalidad y ser ajenos a cualquier normatividad, además de ser necesariamente contestatarios con respecto al discurso legitimado u oficial.

En términos generales, esto ha ocultado al análisis la fuerte reproducción de algunos "valores" de la cultura tradicional, como el machismo o incluso la aceptación pasiva de una realidad opresora que se vive a través de una religiosidad popular profundamente arraigada en algunos colectivos juveniles¹⁴.

12 El barrio, la calle, el rock, el graffiti, las publicaciones subterráneas, los movimientos de protesta.

14 Un contra-ejemplo de esto, es el excelente trabajo de Alonso Salazar (1990). que en Colombia ha venido desmitificando los mundos populares de los jóvenes al mostrar la complicidad acrílica de muchos de estos jóvenes con una cultura opresora y opresiva.

En ese mismo sentido, las practicas como el lenguaje, los rituales de consumo cultural, las marcas de vestuario, al presentarse como diferentes y, en muchos casos, como atentatorias del orden establecido, han llevado a planearlas como "evidencias" incuestionables del contenido liberador a priori de las culturas juveniles, sin ponerlas en contexto (deshistorizadas) o sin problematizarlas con la mediación de instrumentos de análisis que posibiliten trascender la dimensión descriptiva y empíricamente observable en los estudios sobre jóvenes.

En lo general, en el conocimiento producido en torno a las culturas juveniles, pueden reconocerse dos momentos o tipos de conocimiento: un momento descriptivo y un momento interpretativo.

Un primer momento, que para efectos prácticos puede ubicarse en la primera mitad de la década de los ochenta, estaría caracterizado tanto por acercamientos de tipo *emic*¹⁵ (especifico, finalista, punto de vista interior),

como por acercamientos de tipo *etic* (genérico, predictivo y exterior). Pero ambos tipos tienen en común un tratamiento descriptivo.

Mientras que en el primer tipo (*emic*) es el punto de vista del "nativo" lo que prevalece, se asume por ende que todo lo "construido" y dicho al interior del sistema es necesariamente "la verdad"; mientras que en la segunda vertiente (*etic*) lo que organiza el conocimiento proviene de las imputaciones de un observador externo al sistema, que no sabe (no puede, no quiere) dialogar con los elementos *emic*, es decir con las representaciones interiores o nativas.

Pese a las diferencias en la toma de posición del observador, estos acercamientos comparten un enfoque descriptivo, con una escasa o nula explicitación de categorías y conceptos que oriente la mirada del investigador. Ello vuelve prácticamente imposible un dialogo epistémico entre perspectivas, ya que las diferencias en la apreciación se convierten fácilmente en un forcejeo inútil entre posiciones. Donde unos ven "anomia" y "desviaciones" otro ven "cohesión" y "propuestas"

Ello ha derivado también en mutuas descalificaciones, que en términos metafóricos pueden pensarse como una lucha entre "técnicos" y "rudos"¹⁶. En una imagen externa, los primeros tienden a recurrir al lenguaje normativo de la ciencia, a partir del cual "descalifican" el conocimiento "militante" producido por los segundos; mientras que estos últimos recurren a su posición interna de intelectuales orgánicos para descalificar las proposiciones "técnicas y asépticas" de los primeros.

Pero en la medida en que muy pocos de estos discursos logran trascender lo descriptivo, el intercambio posible queda atrapado en el nivel de la anécdota del dato sin problematización que resulta fácil adecuar al marco conceptual, que se privilegia, lo que a su vez ha desembocado desafortunadamente, en una substancialización de los sujetos juveniles y de sus practicas.

No se trata en ningún momento de descalificar la cantidad de estudios producidos en esta época y lo que han aportado en términos de conocimiento en Lomo de las culturas juveniles, pero si es importante apuntar que en términos generales, la producción de este periodo se caracterizo por una autocomplacencia a la que no parece preocuparle la construcción de un andamiaje teórico-metodológico que supone los estudios realizados. Hay, en cambio, una tendencia en esta etapa a fijar una posición en torno del sujeto de estudio; en otros términos, hay mas preocupación por definir y calificar que por entender.

15 Según la propuesta de Pike (1954) para el estudio de la conducta (retomada a su vez de Sapir) en la que se distinguen: "phonemics". que se ocupa de los sonidos en el sentido físico, y "phonemics", que trata los fonemas en sentido lingüístico.

16 En la lucha libre mexicana, existen dos tipos de luchadores: los técnicos, que se caracterizan por respetar las reglas del juego y las indicaciones del arbitro; mientras que los rudos no respetan las reglas, actúan a espaldas del arbitro y son, sin embargo, generalmente los favoritos del publico.

Es hacia finales de la década de los ochenta y a lo largo de los noventa cuando puede reconocerse la emergencia paulatina de un nuevo tipo de discurso comprensivo en torno a los jóvenes. De carácter constructivista, relacional, que intenta problematizar no solo al sujeto empírico de sus estudios, sino también a las "herramientas" que utiliza para conocerlo.

Se trata de perspectivas interpretativo-hermenéuticas, que van a intentar conciliar la oposición exterior-interior, como parte de una tensión indisoluble en la producción de conocimiento científico.

Los jóvenes van a ser pensados como un sujeto con competencias para-referirse en actitud objetivante a las entidades del mundo, es decir, como sujetos de discurso, y con capacidad para apropiarse (y movilizar) los objetos tanto sociales y simbólicos como materiales, es decir, como agentes sociales.

En otras palabras, se reconoce el papel activo de los jóvenes en su capacidad de negociación con las instituciones y estructuras. En este tipo de acercamientos se opera una distancia entre un pensamiento que "toma" el mundo social y lo registra como *datum*, como dato empírico independiente del acto de conocimiento y de la ciencia que lo propicia (Bourdieu, 1995), y un pensamiento que es capaz de hacer la crítica de sus propios procedimientos.

La vertiente de estudios interpretativos sobre las culturas juveniles¹⁷ ha incorporado de maneras diversas el reconocimiento del papel activo de los sujetos, el de su capacidad de negociación con sistemas e instituciones y el de su ambigüedad en los modos de relación con los esquemas dominantes. Ello ha ido posibilitando trascender las posiciones esencialistas: o todo pérdida o todo afirmación. Y ha hecho posible encontrar otro nivel para la discusión, que no se agota en la anécdota o en el dato empírico.

Las clasificaciones explícitas como las edades de vida, el momento de la mayoría de edad o, desde el discurso biólogo, las transformaciones corporales, "evidentemente no poseen sino un valor indicativa y resultarían insuficientes para definir y entender los contextos de una historia social y cultural de la juventud" (Levi y Schmitt, 1996; 15).

En tal sentido, el segundo periodo o vertiente de estudios, y voy a referirme aquí al caso de México, puede considerarse abierto a partir de lo que podría entenderse como los primeros trabajos claramente diseccionados en la línea de una "historia cultural" de la juventud¹⁸ y los que podrían ubicarse desde una perspectiva interdisciplinaria que buscan problematizar al sujeto juvenil en su complejidad.

Se tratará de historizar a los sujetos y prácticas juveniles a la luz de los cambios culturales, rastreando orígenes, mutaciones y contextos político-sociales. Además, bajo la perspectiva hermenéutica se indaga en la configuración de las representaciones, de los sentidos que los propios actores juveniles atribuyen a sus prácticas, lo que permite trascender la mera descripción a través de las operaciones de construcción del objeto de estudio y con la mediación de herramientas analíticas.

En el modo constructivista y centralmente cultural que ha dado forma a los estudios de esta etapa, resulta fundamental señalar la importancia que ha tenido otra vertiente de trabajos que, abrevando en una larga tradición latinoamericana, se ubican más en una perspectiva de crónica periodística.

En el caso de México, el trabajo clave de Carlos Monsiváis, que ha sabido simultáneamente penetrar y rescatar con agudeza aquellos elementos significativos y pertinentes para la comprensión de las formas culturales de la juventud, al tiempo en que se ha constituido en un crítico implacable de la categoría "juventud", pero interlocutor generoso de los estudiosos en este campo.

Alonso Salazar (1990) en Colombia, que a partir de su incursión en los mundos del narcotráfico, del sicariato y de las comunas en Medellín, ha puesto al descubierto. Una situación descamada y terriblemente compleja del mundo juvenil, al saber colocar simultáneamente la mirada del observador extremo y la mirada del "nativo".

17 Representantes de esta corriente en América Latina, son por ejemplo, Jesús Martín Barbero, Carlos Mario Perea.

18 Aquí el trabajo pionero de José Manuel Valenzuela (1988).

En el caso de Venezuela, puede señalarse el trabajo de José Roberto Duque y Boris Muñoz (1995), que han logrado incorporar con gran sentido crítico las diferentes voces involucradas en la problemática juvenil de Caracas. Hablan los jóvenes desde su precaria situación social, pero se incorporan también las voces de autoridades gubernamentales, representantes de la Iglesia, promotores sociales y analistas.

Desde luego estos autores no agotan el espectro de producciones que desde la crónica o ensayo periodístico han posibilitado una mirada cualitativamente diferente sobre las culturas juveniles "alternativas" o disidentes", representan, en todo caso y de manera indicativa, un tipo de discurso comprensivo sobre la realidad de los mundos juveniles en sus complejos procesos de interacción con la sociedad.

De lo tematizable a lo representado

"La caída de tabiques entre disciplinas" (García Canclini. 1997), y la emergencia y paulatina consolidación de estudios llamados interdisciplinarios o "de frontera", han sido una consume en los últimos años de investigación sobre juventud en América Latina.

Los contornos imprecisos del sujeto y sus prácticas han colocado al centro de los análisis la vida cotidiana. de los mundos juveniles, no necesariamente como tema, sino como lugar metodológico desde el cual interrogar a la realidad.

Desde esta mirada, que se sitúa en los propios territorios de los jóvenes, las temáticas abordadas han sido diversas, pero en términos generales pueden ser reconocidos tres grandes ejes que, desde luego, tienen relación con los debates y preguntas que desde las ciencias sociales se plantean a lo "real".

- a) el grupo juvenil y las diferentes maneras de entender y nombrar su constitución, lo que hace referencia al peso otorgado por los analistas a la identidad como un factor clave para entender las culturas juveniles;
- b) una segunda temática importante es la de la alteridad, los "otros" en relación con el proyecto identitario juvenil.
- c) Lo que podría denominarse el proyecto y las diferentes practicas juveniles o formas de acción, constituyen el tercer ejemplo importante.

El grupo o los nombres de la identidad

La problematización en lomo de los modos de estar juntos (Martín Barbero, 1995) de los jóvenes, ha sido elaborada de diversas maneras, La diferenciación mas clara esta relacionada con la direccionalidad del enfoque. Es decir, un tipo de estudios va de la constitución grupal a lo societal; otro tipo va de los ámbitos sociales al grupo.

En el caso del primer enfoque, la identidad grupal se convierte en el referente clave que permite "leer" la iteración de los sujetos con el mundo social. Hay por tanto un colectivo empírico, al que se observa y desde el cual se analizan las vinculaciones con la sociedad. A este tipo, por ejemplo, corresponden las etnografías de bandas juveniles que centraron la atención durante la década de los ochenta.

Por razones del propio enfoque, para conceptualizar la agregación juvenil, se ha recurrido a categorías como "identidades juveniles", "grupos de pares", "subculturas juveniles"; y las mas de las veces, sobre todo durante la primera mitad de la década de los ochenta en el case de México, se utilizo el término "banda" como "categoría" para nombrar el modo particular de estar juntos de los jóvenes populares urbanos. Esta mirada intragrupal, si bien ha aportado muy importantes elementos de comprensión, ha resultado insuficiente para captar las vinculaciones entre lo local y lo global y para pensar la interculturalidad.

De otra parte, han ido cobrando fuerza los estudios que van de los ámbitos y de las prácticas sociales a la configuración de grupalidades juveniles. El rock, el use de la radio y la televisión, la violencia, la política, el uso de la tecnología, se convierten aquí en el referente para rastrear relaciones, usos, decodificaciones y recodificaciones de los significados sociales en los jóvenes. No necesariamente debe existir entonces un colectivo empírico, se habla de los "jóvenes de clase media", de los "jóvenes de los sectores populares", etc., que se constituyen en "sujetos empíricos" por la mediación de los instrumentos analíticos; se trata de modos de estar juntos" a través de las practicas, que no se

corresponden necesariamente con un territorio o un colectivo particular.

Esta vertiente ha buscado romper con los imperativos territoriales y las identidades esenciales y para ello han, construido categorías como la de "culturas juveniles", "adscripción identitaria", "imaginarios juveniles" (pese a lo pantanosa que puede resultar esta última). Es una mirada que trata de no perder al sujeto juvenil pero que busca entenderlo en sus múltiples "papeles" e interacciones sociales.

Los otros

Un tema recurrente en los estudios sobre juventud, no por obsesión de los analistas, sino porque aparece de manera explícitamente formulada por los jóvenes, es el de lo otro o "el otro", para hacer referencia -casi siempre- al "antagonista", o "alteridad radical", que otorga mas allá de las diferencias, por ejemplo socioeconómicas y regionales, un sentimiento de pertenencia a un "nosotros". La identidad es centralmente una categoría de carácter racional (identificación - diferenciación). Todos los grupos sociales tienden a instaurar su propia alteridad. La construcción simbólica "nosotros los jóvenes" instaura diferentes alteridades principal aunque no exclusivamente, con respecto a la autoridad: la policía, el gobierno los viejos, etcéteras.

Diferentes estudios se han ocupado de construir *corpus* de representaciones en los que es posible analizar las separaciones, las fronteras, los muros que las culturas juveniles construyen para configurar sus mundos. Más allá de la dimensión antropoformizada de esas alteridades (policía-gobierno, maestros-escuela), algunos trabajos que trascienden lo puramente descriptivo, -han señalado que estas figuras representan un orden social, al que se califica como represor e injusto. Esto puede parecer una obviedad, pero en tanto en el campo de estudios sobre la juventud no se logra trascender la anécdota ni el dato empírico¹⁹, el énfasis analítico en los procesos, de construcción de la alteridad queda atrapado en las queda atrapada en las propias figuras con que se las representa.

Proyecto y acción colectiva

Algunos de los enfoques clásicos en torno a la conceptualización de proyecto político y acción colectiva han cendrado prioritariamente su mirada en aquellas formas de participación formales, explícitas, orientadas y estables en el tiempo (por ejemplo, el primer Touraine, 1994), con la consecuente teorización que parece reconocer solo como cultura política aquellas representaciones y formas de acción formales y explícitas. Este tipo de intelección ha provocado que las grupalidades juveniles, efímeras, cambiantes, implícitas en sus formulaciones, sean leídas como carentes de un proyecto político y que se reduzca su relación en este ámbito, por ejemplo, a la participación electoral²⁰.

Paulatinamente y en relación con la literatura sobre nuevos movimientos sociales y las reconceptualizaciones sobre lo político (el mismo Touraine, 1992; Melucci 1989; Offe, 1990; Maffesolli 1990; Lechner, 1995), aparece en la literatura sobre juventud una revaloración de lo político que deja de, estar situado mas allá del sujeto constituyendo una esfera autónoma y especializada; y adquiere corporeidad en las practicas cotidianas de los actores, en los intersticios que los poderes no pueden vigilar.

19 En algunos casos, no se logra una separación entre la "militancia" en la lucha por los derechos humanos de los jóvenes, de la tarea de producir conocimiento. En diversas y numerosas reuniones donde se abordan temas relacionados con la juventud, muchos asistentes demandan que se hable un lenguaje "común", que "se renuncie a la teoría", que se hable de las cosas que "verdaderamente afectan a los jóvenes", en una especie de populismo que confunde espacios y fines. Ello ha obstaculizado, no sólo en el caso de los jóvenes, sino también en el de las mujeres, los indígenas y algunas otras "minorías", la posibilidad de un debate riguroso que pueda ayudar a dinamizar los movimientos sociales.

20 Un ejemplo de la reducción de lo político a la cuestión electoral, puede verse en el balance realizado en México por R, Becerra Laguna (1996)

La política no es un sistema rígido de normas para los jóvenes, es mas bien una red variable de creencias, un bricolaje de formas y estilos de vida, estrechamente vinculado a la cultura, entendida esta como "Vehículo o medio por el que la relación entre los grupos es llevada a cabo" (Jameson; 1993).

Sin embargo, es imponente reconocer que las articulaciones entre culturas juveniles y política están lejos de haber sido finamente trabajadas, y que en términos generales estas relaciones se han venido construyendo como una relación de negatividad, es decir, como negación o descalificación de los constitutivos políticos en las representaciones y acciones juveniles²¹.

El punto de quiebre

Por otra parte, los estudios en torno a los jóvenes que transitan por las anas "predecibles" tienden a ser dispersos y escasos. Otra característica muy importante de esta literatura, es que en vanos casos el objeto principal de estudio no lo constituyen los jóvenes, sino que son enfoques centrados por ejemplo en el aparato escolar, en las comunidades eclesiales de base u otros grupos de carácter religioso, en las fábricas, en los sindicatos, cuyos autores están mas interesados en los modos de funcionamiento de instituciones y espacios que en las culturas juveniles. Los jóvenes aparecen entonces en su rol de "estudiantes", de "empleados", de "creyentes", de "obreros" En este sentido, son la narrativa cinematográfica y la literatura las que han logrado interesantes acercamientos analíticos y críticos en torno a los espacios tradicionales de socialización de los jóvenes, como la escuela, la familia, el trabajo, sin "perder" al sujeto juvenil".

El desencuentro entre la producción de conocimiento de la vertiente que se ocupa de los "no-institucionales" y la que se ocupa de los "incorporados" es profundo, y da como resultado, para una y para otra, análisis parciales en los que hay, de un lado, insuficiente tratamiento de los aspectos estructurales e institucionales, no necesariamente antagónicos a las expresiones culturales juveniles y, de otro lado, una focalización en la institución en detrimento de la especificidad juvenil. De un lado, sujetos sin estructura; de otro, estructuras sin sujetos. Un nuevo filón, que pudiera constituirse como punto de equilibrio entre estas perspectivas, lo constituyen los estudios que se ocupan del consume cultural juvenil. La relación con los bienes culturales como lugar de la negociación-tensión con los significados sociales. El consumo cultural como forma de identificación-diferenciación social (Bourdieu, 1988; García Canclini, 1991), que coloca al centro del debate la importancia que en términos de la dinámica social tiene hoy en día consolidación de una cultura-mundo que repercute en los modos de vida, los patrones socioculturales, el aprendizaje y fundamentalmente en la interacción

Aquí se muestra al joven como un actor posicionado socioculturalmente, lo que significa que hay una preocupación por comprender las interrelaciones entre los distintos ámbitos de pertenencia del joven -la familia, la escuela, el grupo de pares-, al tiempo que se enfatiza en el sentido otorgado por los jóvenes a la grupalización, con el significado de "comunidades imaginarias" (Anderson, 1983) a las cuales adscribirse,

El reconocimiento de la insuficiencia de perspectivas que han "parcializado al joven, mostrándolo de manera excluyente como alternativo o como integrado, ha representado un punto de quiebre en los discursos comprensivos sobre estos actores sociales y, al mismo tiempo, ha inaugurado un modo de acercamiento que

21 Creo firmemente que 105 zapatitas y en concreto el "Sup Marcos" han sabido captar (y aprovechar) con precisión; este sentido polifónico de lo político en los jóvenes Por ejemplo los programas especiales en MTV Latino, la muy reciente la canción del Sup, en la que a ritmo de rock, el Sup "rapea" las consignas zapatistas "para todos, todo", que le ha costado severas criticas, tantos de las derechas como de las izquierdas, incapaces -por distintos motivos- de entender la necesidad de nuevos mecanismos de interpelación a los jóvenes.

intenta mostrar que sin "perder" la centralidad del genero, de la etnia, del territorio y, manteniendo en tensión productiva las relaciones entre estructuras y sujetos, resulta posible articular a los análisis la presencia de lo social sistemático sin perder la especificidad del sujeto juvenil.

Pensar a los jóvenes en contextos complejos demanda una mayor articulación entre las diferentes escalas geopolíticas; locales y globales y, un tejido mas fino en la relación entre las dimensiones subjetivas y los contextos macrosociales.

Resulta urgente "deconstruir" el discurso que ha estigmatizado a los jóvenes, a los empobrecidos principalmente, como los responsables del deterioro y la violencia, ya que: "...la preocupación de la sociedad no es tanto por las transformaciones y trastornos que la juventud esta viviendo, sino mas bien por su participación como agente de la inseguridad que vivimos y por el cuestionamiento que explosivamente hace la juventud de las mentiras que esta sociedad se mete a si misma para seguir creyendo en una normalidad social que el descontento político, la desmoralización y la agresividad expresiva de los jóvenes están desenmascarando" (Martín Barbero, 1998;23).

Pensar a los jóvenes es una tarea que se inscribe en el necesario debate sobre el horizonte de futuro. Si como ha dicho García Canclini (1999) en la inevitabilidad globalizadora aparecen "interrupciones" que ponen en cuestión su relate homogéneo, tal vez la pregunta por los jóvenes ayude a visualizar caminos alternos.

La discusión hasta aquí planteada tiene un doble objetivo: de un lado, reconocer las fortalezas y debilidades en el conocimiento producido en torno a los jóvenes, como condición reflexiva para comprender con creatividad y rigor los cambios que, en el siglo que arranca, están experimentando las culturas juveniles; de otro lado, se trata de sentar las bases para replantear un conjunto de conceptos, estrategias metodológicas, análisis empíricos e interpretaciones que se abordan a partir del siguiente capítulo. Me ha parecido fundamental hacer explicito el lugar desde el que parto para intentar estas reformulaciones.

CAPITULO 2
NOMBRAR LA IDENTIDAD
UN INSTRUMENTO CARTOGRAFICO

En rigor, no tiene mucho sentido la búsqueda de "una" identidad; sería más correcto pensarla a partir de su interacción con otras identidades, construidas según otros puntos de vista. Desde esta perspectiva la "autenticidad" e "inautenticidad" se toma una conceptualización inadecuada. En la medida en que es socialmente plausible, una identidad es válida, lo que no significa que sea verdadera o falsa.

RENATO ORTIZ (1996)

La construcción de lo juvenil

Los jóvenes en tanto categoría social construida no tienen una existencia autónoma, es decir al margen del resto social, se encuentran inmersos en la red de relaciones y de interacciones sociales múltiples y complejas.

Para situar al sujeto juvenil en un contexto histórico y sociopolítico, resultan insuficientes las concreciones empíricas, si estas se piensan con independencia de los criterios de clasificación y principios de diferenciación social que las distintas sociedades establecen para sus distintos miembros y clases de edad.

A este respecto Bourdieu (1994) ha señalado que las relaciones entre, la edad biológica y la edad social son muy complejas y que "hablar de los jóvenes como de, una unidad social, de un grupo constituido, que posee intereses comunes, y referir estos intereses a una edad definida biológicamente, constituye una manipulación evidente". Lo que este planteamiento permite inferir es la necesidad de realizar análisis en, una doble perspectiva. De un lado, lo que aquí se define como una "historia cultural de la juventud", que al develar las relaciones de fuerza que crean las divisiones sociales de clases y de edad en procesos históricamente situados, permite romper con definiciones esencialistas y ubicar la problemática juvenil en una perspectiva que no se agota en el dato biológico. De otro lado, lo que llamaremos el análisis empírico de las identidades juveniles, que al colocarse etnográficamente en las interacciones y configuraciones que van asumiendo las grupalidades juveniles, permite entender la enorme diversidad que cabe en la categoría "jóvenes" y salir así de la simplificación de lo joven como dato dado.

En relación con los modos en que la sociedad occidental contemporánea ha construido la categoría "joven", es importante enfatizar que los jóvenes, en tanto sujeto social, constituyen un universo social cambiante y discontinuo, cuyas características son resultado de una negociación-tensión entre la categoría sociocultural asignada por la sociedad particular y la actualización subjetiva que sujetos concretos llevan a cabo a partir de la interiorización diferenciada de los esquemas de la cultura vigente.

En el capítulo anterior se plantea que son tres las condiciones constitutivas centrales desde las que se ha configurado y clasificado socialmente al sujeto juvenil en el mundo contemporáneo los dispositivos sociales de socialización-capacitación de la fuerza de trabajo; el discurso jurídico y industria cultural. Aunada a estas tres esferas, hoy una dimensión muy importante esta conformada por los dominios tecnológicos y la globalización.

Ello significa que los jóvenes han adquirido visibilidad social como actores diferenciados

- a) 2 través de su paso, por afirmación o negatividad, por las instituciones de socialización,
- b) por el conjunto de políticas y normas jurídicas que definen su estatuto ciudadano para protegerlo y castigarlo,
- c) por la frecuentación, consumo y acceso a un cierto tipo de bienes simbólicos y productos culturales específicos.

En los dos primeros ámbitos en el de la socialización y en el del discurso jurídico los jóvenes han sido definidos en términos generales como sujetos pasivos que se clasifican en función de las competencias y atributos que una sociedad particular considera deseables en las generaciones de relevo para darle continuidad al modelo asumido.

Sin embargo, y quizás aquí estribe una de las pistas claves para entender las transformaciones en los modos de socialidad juvenil (Maffessoli, 1990), el ámbito de las industrias culturales ha consolidado sus dominios mediante una conceptualización activa del sujeto, generando espacios para la producción, reconocimiento e inclusión de la diversidad cultural juvenil.

Es decir, mientras las instituciones sociales y los discursos que de ellas emanan (la escuela, el gobierno en sus diferentes niveles, los partidos políticos, etc.), tienden a "cerrar" el espectro de posibilidades de la categoría joven y a fijar en una rígida normatividad los límites de la acción de este sujeto social, las industrias culturales han abierto y desregularizado el espacio para la inclusión de la diversidad estética y ética juvenil.

Lo cultural tiene hoy un papel protagónico en todas las esferas de la vida. Puede aventurarse la afirmación de que se ha constituido en un espacio al que se han subordinado las demás esferas constitutivas de las identidades juveniles. Es en el ámbito de los significados, los bienes y los productos culturales donde el sujeto juvenil adquiere sus distintas especificidades y donde despliega su visibilidad como actor situado socialmente con esquemas de representación que configuran campos de acción diferenciados.

Es pues, de manera privilegiada, en el ámbito de las expresiones culturales donde los jóvenes se vuelven visibles como actores sociales.

De mapas y hologramas

Aunque los estudios sobre juventud poco a poco empiezan a ocupar un lugar en el conjunto de las ciencias sociales, es necesario reconocer que el tema en América Latina, en general, no surge como un objeto de investigación en el ámbito académico propiamente dicho. Sin desconocer o restar importancia a las conclusiones que diferentes académicos han hecho al avance en la comprensión de las culturas juveniles, hay que señalar que en América Latina han sido en buena medida los organismos no gubernamentales, enfrentados a una problemática cotidiana, creciente y desgarradora, en un contexto de violencia y empobrecimiento, los que han ido colocando el Lema como un asunto vital para las sociedades y volviéndolo visible para las agendas financiadoras.

Aunque este no es el caso de México, donde el lema ha estado mas claramente vinculado a los ámbitos académicos de reflexión, este planteamiento no deja de resultar interesante en la medida en que devela una problemática que no ha sido abordada con suficiente profundidad. En algunos países, especialmente en la región sudamericana, enfrentarse a una violencia social temprana, protagonizada en buena medida por los sectores más jóvenes de la sociedad, llevo a diversas organizaciones no gubernamentales a un trabajo urgente sobre el terreno. Ello deriva en un excelente trabajo cotidiano de intervención realizado en medio de unas coyunturas dramáticas, que han dificultado un proceso más pausado de reflexión teórica. En los encuentros latinoamericanos sobre juventud, la queja recurrente de quienes tienen la responsabilidad de operar programas de atención a la juventud, es siempre la falta de tiempo para "recuperar la practica", como suele decir-se en la investigación-acción. Así que existen infinidad de experiencias muy interesantes y ricas en resultados y en intuiciones que se agotan en la propia práctica sin ayudar a reformular la teoría.

Esto, a su vez, genera otro problema: la falta de mapas para los organismos públicos responsables del diseño y aplicación de políticas publicas para la juventud. La "casuística" resulta un instrumento débil para oponer al discurso autoritario y paternal con que los gobiernos de la región suelen abordar el tema de la juventud.

En este sentido, el (casi histórico) desencuentro entre los que se dedican a las tareas de promoción social y los académicos ha derivado en una especie de torre de Babel, en la que cada investigador o estudioso construye y nombra de maneras diferentes tanto la categoría sociológica "juventud" como las concreciones empíricas, lo que ocasiona una confusión de pianos y de modos de nombrar las practicas agregativas y a sus actores.

A partir de un proceso exhaustivo de revisión bibliográfica de estudios, monografías y artículos, y de mi práctica de investigación, propongo aquí una categorización, que es de conferirles su especificidad a las distintas manifestaciones y expresiones sociales que hoy día asumen los jóvenes.

En relación con las concreciones empíricas de los modos de agregación e interacción juvenil, se plantean cuatro conceptos clave:

- El grupo: este concepto hace referencia a la reunión de varios jóvenes que no supone organicidad, cuyo sentido esta dado por las condiciones de espacio y tiempo.
- El colectivo: refiere a la reunión de varios jóvenes que exige cierta organicidad y cuyo sentido prioritariamente esta dado por un proyecto o actividad compartida; sus miembros pueden o no compartir una adscripción identitaria, cosa que es poco frecuente.
- Movimiento juvenil: supone la presencia de un conflicto y de un objeto social en disputa que convoca a los actores juveniles en el espacio público. Es de carácter táctico y puede implicar la alianza de diversos colectivos o grupos.
- Identidades juveniles: nombra de manera genérica la adscripción a una propuesta identitaria: punks, taggers, skinheads, rockeros, góticos, metaleros, okupas, etcétera.

Se proponen además tres conceptos ordenadores cuya pertinencia esta dada por el tipo de mirada privilegiada por el observador externo:

- Agregación juvenil: permite dar cuenta de las formas de grupalización de los jóvenes.
- Adscripciones identitarias: nombra los procesos socioculturales mediante los cuales los jóvenes se adscriben presencial o simbólicamente a ciertas identidades sociales y asumen unos discursos, unas estéticas y unas practicas.
- Culturas juveniles: hace referencia al conjunto heterogéneo de expresiones y prácticas socioculturales juveniles²⁶

Las formas, situaciones y procesos que recogen los conceptos aquí propuestos no son equivalentes y nombran distintas cosas. Mirar a los jóvenes en tanto sujetos de estudio supone la explicación del punto de vista del observador y la objetivación de los modos en que construye su objeto. El riesgo de no establecer las distinciones analíticas pertinentes es el de permanecer atrapados en la esencialización de lo joven, como si este fuera un dato "natural" y no, como de hecho es, una construcción social e histórica.

En tal sentido, las criticas demoleadoras de Carlos Monsiváis son absolutamente pertinentes por ejemplo cuando señala; "no he visto nunca volar a nadie como joven", o cuando afirma "yo nunca fui joven" (1996:9). Mas allá del (delicioso) sarcasmo, tras estas declaraciones lo que se revela es que cualquier intento de construir una definición univoca de los jóvenes se estrella contra lo efímero de la categoría y contra la evidencia de que hay una dificultad de "arranque" en cualquier intento clasificador.

Es simplista plantear que los obreros, por ejemplo, pueden definirse exclusivamente por una actividad productiva; las mujeres, por la diferencia biológica; los indígenas, por su pertenencia a una etnia; los ecologistas, por su defensa de los ecosistemas, y por lo tanto, los jóvenes por su edad. Las identidades sociales no son monocausales, por el contrario están compleja y multidimensionalmente articuladas a un conjunto de elementos sociales, económicos, políticos.

Los planteamientos que se contentan con la fijación de unos límites de edad, no habrán hecho nada más que una operación clasificatoria de sentido común. La posibilidad de sostener que puede hablarse de un sujeto juvenil, supone la elaboración de múltiples articulaciones, que ancladas efectivamente en unos rangos de edad, sean capaces de dar cuenta de los arraigos empíricos en que esa edad deja de ser dato natural y se convierte en un revelador de modos particulares de experimentar y participar del mundo.

Es importante señalar, sin embargo, que la crisis estructural y simbólica de la sociedad contemporánea ha incrementado el autoidentificador "nosotros los jóvenes". Para los estudiosos de estos fenómenos, ese es un dato constatable, empíricamente verificable. Pero, ¿qué significa esto?, ¿hoy si hay jóvenes y en otras etapas no hubo? Hay una enorme

26 Algunos estudiosos han planteado de manera reciente la noción de "mundos juveniles", sin embargo, a mi juicio esto resulta sumamente problemático, en tanto es un concepto fenomenológico (mundos de la vida de I Lusserl), cuyo sentido es el de referir los saberes sociales de fondo, históricamente contruidos y culturalmente adquiridos, Mientras que en relación con los jóvenes se ha usado para agrupar bajo esta noción uno la "expresión", como la representación de la expresión. Por unto, me parece que genera mis problemas de los que resuelve.

dificultad para responder de manera rigurosa esta pregunta. Si fuera valido hacer un símil con las identidades

"femeninas", la pregunta sería igual de complicada; el hecho de que las mujeres se pensarán a sí mismas como una identidad cultural diferenciada solo recientemente, ¿significa que las mujeres no existían más allá de la diferencia biológica? En parte, la respuesta a esta pregunta estaría dada por las condiciones que hicieron que las mujeres accedieran a la posibilidad de pronunciarse con respecto a sí mismas. Por el momento, creo que esta pregunta en relación con los jóvenes no tiene ciertamente una respuesta unívoca; pero, en el mismo sentido de las mujeres, en la sociedad contemporánea se han dado las condiciones para que los jóvenes se vuelvan visibles como actores sociales para ellos mismos y para la sociedad.

También señalemos que la explosión de los referentes identitarios, en paradójica reciprocidad con el debilitamiento de los ritos de pasaje propios de esta época, contribuye a que los jóvenes encuentren en sus colectivos una identificación mediada no solo por la especificidad de los colectivos en cuestión, sino por la edad, y la que ciertas identidades juveniles tienden a dar mucha importancia para explicar el sentido de realización y bienestar que proporciona compartir con iguales un horizonte de vida. Es curioso que mientras el discurso académico se esfuerza por dotar de complejidad y de constitutivos múltiples el referente "joven", ellos parecen muy cómodos con asumirse a sí mismos como tales, como si al pronunciar la frase "nosotros los jóvenes" estuvieran apelando a una verdad de carácter universal y autoevidente.

Sin embargo, para el analista, el problema estriba en la elaboración de un andamiaje que permita argumentar que los jóvenes constituyen no solo un objeto-problema-legítimo, analíticamente hablando, sino además una categoría sociocultural diferenciada del resto social, sin caer en la reducción a los rangos de edad pero sin prescindir de estos.

Entre lo efímero y los compromisos itinerantes

La multiplicidad de sentidos propia de la sociedad de fin de milenio disloca los dispositivos cohesionadores de la vida social. De un lado, esta multiplicidad de referentes ha significado un desfase o, para decirlo con Giddens (1993), un "desanclaje" entre las prácticas y el sentido de las prácticas que ha derivado en lo que podría considerarse una especie de "implosión", es decir en un quiebre hacia adentro del sistema-mundo de la vida, que erosiona el tejido social y, al poner en crisis los metarrelatos dominantes, genera incertidumbre. Pero, de otro lado, esta misma multiplicidad ha representado o puede representar una refundación de un pacto social abierto a la pluralidad.

Esta paradoja social, la incertidumbre como única certidumbre, la posibilidad de un nuevo orden de cosas a partir de la erosión, es condición fundamental para entender la gestión político-cultural de los jóvenes en estos momentos de desplazamientos y tránsitos.

Los jóvenes en tanto sujetos empíricos no constituyen un sujeto monopasional que pueda ser "etiquetable" simplistamente como un todo homogéneo; estamos ante una heterogeneidad de actores -que se constituyen en el curso de su propia acción, y prácticas que se agrupan y se desagrupan en microdisidencias comunitarias en las que caben distintas formas de respuesta y actitudes frente al poder (Reguillo, 1993).

La ecología, la libertad sexual, la paz, los derechos humanos, la defensa de las tradiciones, la expansión de la conciencia, el rock, se convierten en banderas, en objetos-emblema que agrupan, que dan identidad y establecen las diferencias entre los jóvenes. Otros, transitan en el anonimato, en el pragmatismo individualista, en el hedonismo mercantil y el gozo del consumo; para otros no hay opciones, son los desechables, "para los que la muerte se convierte en una experiencia más fuerte que la vida" (Martín Barbero, 1993) embargo, pese a las especificidades y diferencias dadas por la situación y la ubicación social que guarda cada grupo de jóvenes, todos parecen compartir una idea precaria del futuro y experimentar la vivencia del tiempo discontinuo.

Para pensar esta discontinuidad, es útil aquí reflexionar con Bourdieu (1994) a propósito de los jóvenes y los "trayectos de vida". Refiriéndose al campo escolar, señala el "(antiguamente) había trayectorias relativamente claras: el que pasaba del certificado de estudios primarios entraba a un curso complementario, una escuela secundaria o un liceo; estas trayectorias estaban ciertamente jerarquizadas y nadie se confundía (...) El sistema escolar antiguo obligaba a interiorizar profundamente los límites (...) como algo justo e inevitable".

Este señalamiento puede trasladarse a otros ámbitos de la vida, el trabajo, el matrimonio, la paternidad o maternidad, como metas-destino previsibles y más o menos inevitables. Pero, fundamentalmente, lo que interesa de estas claras trayectorias es lo relativo a la reproducción social y a la continuidad de la organización social a través de las prácticas.

Desdibujados los referentes que le dan cohesión sentido a la vida social, esta no se presenta ya más como una

continuidad espacio-temporal. La diversificación, complejización y, especialmente, el deterioro de los mecanismos de integración de la sociedad actual, han significado que la vida para todos los actores sociales, pero particularmente para los jóvenes, se presenta como incertidumbre.

Los trayectos de vida que podían preverse en sus distintas etapas y en función de las metas a conseguir, están sujetos hoy más que nunca a los avatares que experimenta un sistema de instituciones caducas o incapaces de entender las crecientes demandas, sociales y de ofrecer alternativas.

Por ejemplo, la crisis en el sistema educativo que no atina a incorporar los cambios acelerados que experimenta la sociedad. Por citar un indicador, puede señalarse el crecimiento-expansivo de las tecnologías de comunicación que, entre otras cosas, convierten al ciudadano de fin de milenio en un actor conectado a múltiples redes e interpelado por discursos muchas veces incompatibles.

A través de la música, de los llamados "fanzines", del acceso a la información mediante complejas redes internacionalizadas y, especialmente, a través de la porosidad comunicativa entre distintos colectivos juveniles, los jóvenes han rebasado a la institución escolar que permanece, en términos generales, al margen de los procesos de configuración sociocultural de las identidades juveniles, y sigue pensando al "joven" como "ejemplo de libro de texto" con un proceso de desarrollo lineal que debe cubrir ciertas etapas y expresar ciertos comportamientos.

Sin negar u descalificar la importancia de la dimensión psicológica en la conformación del joven como identidad social, ha existido un abuso de argumentos psicologistas -que no psicológicos-, que ha penetrado el discurso educativo con una grave simplificación de las conductas juveniles. Entonces, un elemento que debiera ser lomado muy en seno, el de los procesos psicológicos profundos, que permitiría un entendimiento mucho mas integral, se conviene, desde el poder, en mirada condescendiente, en palmadita afectuosa que se da con el aliento contenido en la esperanza de que la "enfermedad juvenil" desaparezca y no obligue a la aplicación de correctivos.

Así, ciertas marcas identitarias (por ejemplo las rastas en el pelo, los tatuajes, las perforaciones en distintas del cuerpo), ciertas practicas (el uso constante de walkmans, como si se tratara de una prótesis; el graffiti, los tags o firmas en las paredes; el slam) y el uso de drogas blandas y duras, no encuentran en este discurso explicación que no se agote en las características naturales de los jóvenes", cuya inclinación positiva es trastocada por la "desintegración familiar" o "la perdida de valores sociales".

La escuela se erige en fiscal, juez y jurado, pero dificilmente se asume como parte de la problemática de las culturas juveniles y mucho menos como propiciadora de esa problemática por su incapacidad de entender que el ecosistema bidimensional que descansaba centralmente en la alianza familia-escuela ha sido agotado, y que entre una y otra institución hay un conjunto complejo de dispositivos mediadores, entre ellos los medios de comunicación, que posibilitan al joven el acceso simultaneo a distintos mundos posibles.

La dimensión expresiva de las culturas juveniles no se reduce al comportamiento más o menos alocado de unos "no-niños, no-adultos", en sus prácticas y lecturas del mundo radican pistas clave para descifrar las posibles configuraciones que asuma la sociedad.

Es en este sentido que los planteamientos de la antropóloga Margaret Mead¹⁷, hechos en 1969, cobran una vigencia particularmente relevante. Mead recurre a un triple esquema para explicar la reproducción sociocultural; para ella existen tres tipos de culturas;

a) la posfigurativa que en términos simples es aquella en la que los niños aprenden de sus mayores. El presente y el futuro están anclados en el pasado. Son propiamente las culturas de la tradición;

27 Agradezco profundamente a Jesús Martín Barbero haber llamado mi atención sobre un texto de Mead, Cultura y Compromiso, y sugerirme pistas centrales y algunas de las claves para la interpretación de este texto a la luz del momento

b) la cofigurativa es aquella en la que tanto niños como adultos aprenden de sus pares. El futuro está anclado en el presente. Son propiamente las culturas de la modernidad avanzada;

c) la prefigurativa es aquella cultura en la que los adultos aprenden de los niños; para Mead se trata de un momento histórico sin precedentes "en el que los jóvenes adquieren y asumen una nueva autoridad mediante su captación prefigurativa del futuro desconocido" (1970; 35).

Hay que señalar que toda clasificación es arbitraria planteada siempre en función de ciertos supuestos; en tal sentido, lo que interesa rescatar de Mead, es el señalamiento de que la sociedad esta experimentando un nuevo momento cultural, donde pasado y presente se reconfiguran a partir de un futuro incierto y que son los jóvenes los actores "mejor dotados" para asumir la irreversibilidad de los cambios operados por elementos tales como la mundialización, el desarrollo iconológico, la internacionalización de la sociedad, entre otros.

De maneras diversas, algunos estudiosos de la juventud hemos señalado que las representaciones y practicas juveniles debieran ser leídas como "metáforas del cambio social"²⁸. Aceptar este planteamiento permitiría romper con ciertas lecturas lineales que solo atienden a las actitudes contestatarias o impugnadoras de los jóvenes, y privilegiar un acercamiento en términos de cambio social, es decir, "hacer hablar" al conjunto de elementos que entre los jóvenes apuntan a "nuevas" concepciones de la política, de lo social, de la cultura, en lo general; y, en lo particular, a los modos de relación con el propio cuerpo, con los elementos mágico-religiosos, con las instituciones. Porque el análisis de estas dimensiones revela las formas y contenidos que puede ir asumiendo la sociedad.

La propuesta de Mead debe ser colocada en referencia a la multitemporalidad de los procesos sociales, especialmente en el caso de América Latina, lo que significa hacerse cargo de que nuestra modernidad debe ser entendida como un presente que comporta una vasta historia de signos culturales heterogéneos" (Hopenhayn, 1995). En otras palabras, al interior de una misma sociedad pueden presentarse simultáneamente formas post, co y prefigurativas que, coincidiendo en el espacio y en el tiempo, no comparen los modos de relacionarse con el futuro y con el pasado²⁹, vectores que modalizan las relaciones sociales.

Pese a ello y sin dejar de reconocer el peligro de las generalizaciones, pensar que el mundo se esta desplazando hacia formas culturales prefigurativas posibilita colocar el análisis de las culturas juveniles como lugares de nuevas síntesis sociopolíticas que están construyendo referentes simbólicos distintos a los del mundo adulto, o bien, usándolos de maneras diferentes.

Mead, juega con una analogía interesante. Los jóvenes pensados como los primeros colonos o pioneros de la formación del nuevo mundo. Para la antropóloga, la figura del sujeto juvenil en la sociedad actual se asemeja a:

"los inmigrantes que llegaban como pioneros de una nueva comarca, sin ningún conocimiento acerca de lo que les exigirían sus nuevas condiciones sociales. Los últimos en llegar podían tomar como modelos a sus grupos de pares. Pero entre los que inauguraban la corriente, los adultos jóvenes tenían por único modelo sus propias adaptaciones e innovaciones experimentales. Su pasado, la cultura que había plasmado su comprensión sus pensamientos, sus sentimientos y sus concepciones del mundo no eran una guía segura para el presente. Y los ancianos que los acompañaban, alados al pasado, no podían proporcionarles modelos para el futuro" (1970).

Distintas adscripciones identitarias juveniles y los colectivos a que estas, dan forma revelan como una constante la gran capacidad de adaptación de los jóvenes ante situaciones novedosas y la experimentación innovadora y esencialmente desacralizadora, como actitudes y competencias a través de las cuales se posicionan en el mundo. Desde luego puede argumentarse que esto es una consume histórica que se repite, en la medida en que han sido los adultos jóvenes los que en diferentes etapas históricas han "roto" o por lo menos reformulado los sentidos sociales dominantes. Sin embargo, la analogía de Mead coloca como un punto clave para la reflexión el quiebre en los modos de transmisión de los conocimientos y valores de una sociedad.

28 De manera pionera esta idea ha sido desarrollada por el investigador catalán Carles Feixa (1988).

29 Por ejemplo entre los pueblos indígenas, la tradición esta anclada en un respeto profundo por los ancianos, lo que es vivido por cientos de jóvenes indígenas como un orden absolutamente natural. Situación que coexiste en un México donde diversos colectivos juveniles guardan hoy profunda distancia (crítica) respecto de instituciones y practicas del mundo adulto y oficial.

En tal sentido, la novedad que comportan las culturas juveniles para la vida social escriba, no tanto en sus prácticas mas o menos irruptivas o disrrptivas o en su resistencia a la socialización, sino fundamentalmente en la velocidad y capacidad de procesamiento de la información que hoy, de manera inedia, circula por el planeta.

A esta forma de integrar conocimientos de muy diversa índole para producir "nuevos" significados, la llamé en 1995 después de un prolongado trabajo de campo entre bandas juveniles³⁰, cuyas representaciones del mundo si bien tendían a reproducir algunos esquemas de una cultura machista, religiosa y homofóbica, hablan encontrado maneras novedosas para resistir las condiciones de miseria y opresión en las que se encontraban inmersos, transformando por ejemplo, mediante complejas operaciones cognitivas y simbólicas, los estigmas sociales que sobre ellos pesaban en emblemas identitarios.

Hoy, esta metáfora orgánica, la del metabolismo acelerado puede ser sustituida por una metáfora tecnológica, visual y auditiva el videoclip.

El videoclip rompen la lógica narrativa al generar un discurso sincrético de "imposibles narrativos" (Reséndiz, 1991), que se encuentran fuera de los relatos de la modernidad. Su especificidad expresiva radica en la ruptura espacio-temporal" de los elementos audiovisuales. Para este autor, el encadenamiento no visual de los enunciados del videoclip "no puede leerse desde el espacio cognitivo del discurso de la modernidad". Son otros los mapas que se requieren para codificar y decodificar el sentido y las formas de esta narrativa, que no solo se sobrevive a si misma, cosa que se preguntaba Resendiz en 1991, sino y que parece afianzarse, mas allá de su especificidad como "genero" o "formato", como "estilo expresivo"³¹.

El término *clip* que le otorga un sentido distinto y particular al video: "como instrumento para unir dos conceptos", es el que señala lo que anticipaba Resendiz, el videoclip como condensador de múltiples discursos propios de la sociedad industrial avanzada: el cine, la publicidad, la imagen digitalizada, la coreografía, la música, el decorado.

Decir que los jóvenes piensan en videoclip (el mundo como una sucesión de imágenes, no necesariamente armónicas y coherentes), es una forma de aludir a los modos condensados de representación y acción de las culturas juveniles, que con nuevo lenguajes o mejor, nuevas síntesis, parecen señalar a través de sus prácticas y expresiones cotidianas que han rebasado los modelos post y cofigurativos.

Si el palimpsesto ha sido una figura clave para interpretar los procesos de apropiación y resistencia de las cultures populares, hoy, es la figura del hipertexto la que mejor permite acercarse y comprender los procesos de configuración simbólica y social de las culturas juveniles. El hipertexto, mas que una reescritura (como lo implica el palimpsesto) supone la combinación infinita y los constantes *links* ligaduras) que reintroducen permanentemente un cambio de sentido tanto en su acepción de dirección como de significación. Se puede ir hacia adelante o hacia atrás, hacia un lado o hacia el otro, arriba o abajo y en otro plano, al saltar de un *site* a otro puede perderse de vista el punto de partida o el "sentido original" (aunque la "Ventana inicial" permanezca ahí, lista para ser activada), lo que para estos navegantes, los jóvenes, es irrelevante, en la medida en que cada "salto" los coloca con renovado entusiasmo en un nuevo lugar. En buena medida esto ha ocasionado muchas dificultades tamo para IDS estudiosos de las culturas juveniles como para las instituciones de control social, para "fijar" a los sujetos y comprender el sentido de sus prácticas.

Como los inmigrantes precursores de Mead, las culturas juveniles parecen "adaptarse e interpretar el mundo contemporáneo con mayor facilidad que los adultos socializados por el discurso lineal y continuo de la modernidad, entrenados para la decodificación binaria del mundo (hombre/mujer, blanco/negro, cielo/infierno)

30 Esta experiencia esta recogida en el libro *En la colle otra vez Las bandas juveniles*, texto que fue actualizado en 1995.

31 El cine, por ejemplo, ha ido incorporando elementos del videoclip.

Los quiebres de la identidad

Para intentar comprender los sentidos que animan a los colectivos juveniles y a los jóvenes en general, hay que desplazar la mirada de lo normativo, institucionalizado y del "deber ser", hacia el terreno de lo incorporado y lo actuado; buscando que el eje de "lectura" sea el propio joven que, a partir de las múltiples mediaciones que lo configuran como actor social, "haga hablar" a la institucionalidad. Las identidades juveniles no pueden pensarse al margen de las transformaciones en las coordenadas espacio-temporales de la llamada "sociedad red" (Castells, 1999); no resulta factible hacer su análisis si se soslaya el importante papel que el mercado esta jugando en la redefinición de las relaciones entre Estado y la sociedad.

El tiempo y el espacio son coordenadas básicas para la vida social. Y también ellas se ven enfrentadas a múltiples tensiones por la aceleración y la contracción o expansión (según se vea) en la era de las nuevas tecnologías de información. La recepción en tiempo real de las noticias-mundo y el acceso (desigual) a discursos y productos culturales de todos los puntos del planeta, posible por los medios de comunicación y la Internet, vuelven mucho mas complejo el panorama social para el joven, en la medida en que lo acercan a representaciones que pueden entrar en franca contradicción con los supuestos valorados localmente poniendo en crisis la legitimidad de algunas representaciones, obligándolo a un reajuste constante entre su experiencia inmediata y ciertos discursos que parecen cada vez menos lejanos.

Las representaciones, los sentidos de la vida, se ven enfrentados a una sensación de "extrañamiento", que implica someter a prueba constante el valor operado.

En términos prácticos ello significa que hoy, como nunca, la identidad esta atravesada por fuerzas que rebasan la dimensión local y la conectan a "comunidades imaginarias", en el sentido manejado por Anderson (1983), que desbordan los limites geográficos del Estado-nación. Por ello resulta fundamental indagar sobre; las fuentes que nutren los imaginarios de los jóvenes y ubicar .los referentes a los que atribuyera mayor o menor credibilidad y como a partir de estas fuentes se derivan "programas" de acción.

Sin embargo, si algo parece claro hoy día, es que a los fenómenos de globalización y desterritorialización económica y mundialización de la cultura, se le oponen fenómenos de "relocalización". Los jóvenes parecen "responder" a estos flujos globales, dotando de sentido a "nuevos" territorios, que en términos socioespaciales pueden ser pensados como "comunidades de sentido"³², por ejemplo, el grupo en el barrio, el colectivo cultural o político, etc., que, entre otras funciones, operan como una especie de "circulo de protección" ante la incertidumbre provocada por un mundo que se mueve mucho mas rápido que la capacidad del actor para producir respuestas.

Por ello cobra un peso decisivo la indagación en torno de los consumos culturales, que hay que pensar como una categoría compleja, de carácter situacional y diferencial; resulta urgente dotarla de una densidad mayor que la que la restringe al conteo de horas empleadas en ver televisión o hablar con los amigos o leer el periódico.

Si "el consumo sirve para pensar", como ha señalado García Canclini, es porque su análisis permite entender las distintas configuraciones del mundo, que de maneras contradictorias y complejas los jóvenes construyen a partir de sus vínculos con las industrias culturales pero anclados en sus propios colectivos o lugares de significación.

32 Concepto que retomo de los trabajos del mexicano Guillermo OTXJZCO (1991) en relación con sus estudios sobre audiencias activas.

Organizar el desconcierto

Los jóvenes, las mujeres, los ecologistas, algunos movimientos indígenas y étnicos, constituyen hoy lo que algunos teóricos de los movimientos sociales denominan "nuevos movimientos sociales"³³ que en términos muy generales se distinguen por:

- a) No partir de una composición de clase social (aunque no la excluyen).
- b) Organizarse en torno de demandas por el reconocimiento social y la afirmación de la identidad (y no por la búsqueda del poder).
- c) Ser más defensivas que ofensivas (lo que no necesariamente se traduce en mayor vulnerabilidad).

Pese a estas características, estos movimientos sociales se han convertido en verdaderos agentes de transformación social en la medida en que ellos tienden a ocupar espacios donde no existen instituciones o donde estas han dejado de responder (según la percepción de la gente) a las necesidades y demandas de la sociedad. Pero, más que interesar aquí un planteamiento acabado en torno de los movimientos sociales, interesa utilizar la figura de los nuevos movimientos sociales para entender el replanteamiento de las formas de organización de los jóvenes que desbordan los modos tradicionales de acuerpamiento social.

Asumir que los jóvenes se agrupan o debieran agruparse y organizarse alrededor de principios racionales inscritos en la lógica de determinadas prácticas políticas, es cada vez menos un principio operante. Al deterioro de las instituciones y formas de la política "clásica", la respuesta, por la vía de la acción colectiva juvenil, ha sido la de formación de asociaciones de distinta índole que cristalizan intereses parciales de alcance limitado.

La tensión en la escena pública, que se expresa, a través por ejemplo, de la visibilidad de cierta "involución política" (el regreso de los autoritarismos) y la emergencia de prácticas más abiertas y tolerantes -todavía deudoras de antiguas herencias-, obliga a la cautela. Entonces, más que hablar de "formas organizativas novedosas", habría que hablar de "multiplicidad de expresiones juveniles organizativas".

Sin implicar que sea un fenómeno nuevo, puede decirse que a partir de la década de los 80 (que puede ubicarse de manera laxa como el inicio de la crisis estructural de la llamada modernidad tardía), los jóvenes han ido buscando y encontrando formas de organización que, sin negar la vigencia -y poder de convocatoria- de las organizaciones tradicionales (partidos, sindicatos, grupos de iglesia, clubes deportivos), se separan de "lo tradicional" en dos cuestiones básicas: de un lado, se trata de expresiones autogestivas, donde la responsabilidad recae sobre el propio colectivo sin la intermediación o dirección de adultos o instituciones formales (por ejemplo, grupos de bandas, de taggers, de góticos, de anarcopunks, etc.); y de otro lado, la concepción social de una forma de poder a través de la cual buscan alejar el autoritarismo.

Por supuesto, el objetivo no es el de mitificar las expresiones organizativas juveniles, sino el de señalar algunas de las características que, exploradas de manera cualitativa, requerirían, para tener un panorama más extenso, formas de objetivación complementaria, datos "duros".

Resulta urgente captar la heterogeneidad y la diversidad de expresiones organizativas juveniles, las que aquí se han denominado "tradicionales" tanto como las emergentes, y ubicar como se experimenta desde ellas el poder, la autoridad, la formulación de proyecto(s), las formas de gestión, las formas de inclusión de sus miembros, las estrategias de reclutamiento, las interacciones con otras organizaciones en el plano horizontal (otros movimientos sociales) y vertical (con el Estado y las instituciones gubernamentales) y, especialmente, los lenguajes que estas organizaciones expresan como nuevos signos de lo político.

33 Entre otros, pueden mencionarse a Touraint a Pizzomo y a Melucci.

CAPITULO 3
ENTRE: LA INSUMISIÓN
Y LA OBEDIENCIA BIOPOLÍTICA DE
LAS CULTURAS JUVENILES

El control panóptico cumplía una función importante; sus instituciones eran concebidas ante todo como cosos correccionales. Su propósito aparente era retirar al preso del camino de la pérdida moral que había lomado por propia voluntad o al que se había visto arrojado sin culpa suya; inculcarle hábitos que le permitieran volver al redil de la "sociedad normal"; "detener la podredumbre moral", combatir y vencer la pereza, la ineptitud, la falta de respeto por las normas sociales o la indiferencia hacia ellas; todos esos males que se sumaban para volverlo incapaz de llevar una vida normal".

ZYGMUNT BAUMAN (1999)

Las grandes revoluciones históricas han inventado, entre otras cosas, los cuerpos ciudadanos, en el sentido de modelar según los esquemas de los proyectos triunfadores como debía ser este cuerpo en sus dimensiones públicas y privadas³⁴. El cuerpo caliente y masculino de la Grecia clásica, el cuerpo frío y negado de la época victoriana, el cuerpo disciplinado de la Europa protestante, el cuerpo sufriente de la tradición judeo-cristina,

34 Un excelente análisis de estos elementos lo ofrece Richard Sennet, en su libro *Carne y piedra* (1997).

CAPITULO 5

NACIONES JUVENILES.

CIUDADANÍA: EL NOMBRE DE

LA INCLUSIÓN

Y aquí es donde uno se pregunta, a partir de las relaciones entre antropología y comunicación (...) entre las series culturales y comunicacionales y las políticas, económicas y sociales, si algo no está faltando en América Latina. Si algo no se quedó rauda. Ya sea (rente a los precarios procesos de integración, crudamente economicistas, casi olvidados en las agendas de análisis sociocultural... O frente a tantos otros procesos, que debieran ser el centro o el contexto de la sincronización entre los tiempos relativamente largos de las investigaciones académicas y los cortos, reales, del análisis y la acción política.

ANIBAL FORD (1999)

Al iniciarse la década de los noventa se consolidaron o se aceleraron algunas de las tendencias que venían anunciándose desde la década anterior, esto es: la mundialización de la cultura por vía de las industrias culturales, los medios de comunicación y las súper tecnologías de información (Internet es el ejemplo más acabado, aunque no el único); el triunfo del discurso neoliberal montado sobre el adelgazamiento del Estado y sobre la exaltación del individualismo; el empobrecimiento estructural y creciente de grandes sectores de la población; descrédito y deslegitimación de las instancias y dispositivos tradicionales de representación y participación (especialmente los partidos políticos y los sindicatos).

Estos elementos han significado para los jóvenes una afectación en:

- a) su percepción de la política,
- b) su percepción del espacio y
- c) su percepción del futuro

Situados en los márgenes de la sociedad -objetiva o simbólicamente-, los jóvenes, pese a las diferencias (de clase, de género, de emblemas aglutinadores) parecen compartir varias características en este fin de siglo, como se ha intentado mostrar con algunos casos empíricos.

1. Poseen una conciencia planetaria, globalizada, que puede considerarse como una vocación intemacionalista. Nada de lo que pasa en el mundo les es ajeno, se mantienen conectados a través de complejas redes de interacción y consumo, dentro y fuera de los circuitos del mercado.
2. Priorizan los pequeños espacios de la vida cotidiana como trincheras para impulsar la transformación global
3. Hay un respeto casi religioso por el individuo, que se conviene en el centro de las prácticas. Puede decirse que la escala es individuo-mundo y que el grupo de pares no es ya un fin en sí mismo (como sucedía en la década de los ochenta), sino una mediación que debe respetar la heterogeneidad.
4. Existe una selección cuidadosa de las causas sociales en las que se involucran. Sus protestas tienen dedicatorias explícitas y van de las grandes transnacionales, a las policías y gobiernos locales.
5. El barrio, entendido como el territorio propio, ha dejado de ser el epicentro del mundo y de sus prácticas.

Tránsitos y mutaciones

Cuando los mapas geopolíticos del mundo se transforman, cuando los Estados nacionales parecen verse desbordados por un aclarado proceso de globalización y cuando la organización social de la tecnología parece haberse convertido en un eje central para la definición de los proyectos sociales de fin de siglo, la pregunta por la conformación de las culturas

juveniles adquiere una importancia fundamental, en tanto ellas son portadoras de las contradicciones constitutivas de unas sociedades en acelerados procesos de transformación.

De que manera los jóvenes están realizando la idea de nacionalidad, de que maneras articulan sus microuniversos simbólicos con los procesos globales, de que manera incorporan, reinterpretándolos, los sentidos culturales objetivados en instituciones, discursos, productos, de que manera sus practicas revelan la tensión entre la tradición y el cambio social.

Se trata de preguntas complejas que demandan colocarse en el terreno de las practicas sociales, en los territorios de los jóvenes; pero de otro lado resulta clave no perder de vista que los jóvenes son actores en el mundo social y no fuera de este, y en tal sentido, la agenda de investigación en torno a los jóvenes debe ser capaz de plantear interrogantes al conjunto de la sociedad. Se trata entonces de entender las identidades juveniles en el entramado complejo y múltiple de sus interacciones.

Es importante en este sentido retomar el concepto propuesto por Mary Louise Prau (1997): "zona de contacto", en sus estudios sobre las formas de relación y representación entre las metrópolis colonizadoras y las "periferias". Desde una perspectiva critica, Prau pone de relieve "que los sujetos se constituyen en y por sus relaciones mutuas", lo que permite a la autora trascender en su análisis la dicotomía entre dominantes-dominados y mirar las relaciones en términos de "copresencia, de interacción, de una trabazón de comprensión y practicas, muchas veces dentro de relaciones de poder radicalmente asimétricas". Asumir este enfoque, que afortunadamente empieza a ser una perspectiva compartida por muchos estudiosos de las culturas juveniles, implica entender que los jóvenes no están "fuera" de lo social, que sus formas de adscripción identitaria, sus representaciones, sus anhelos, sus sueños, sus cuerpos, se construyen y se configuran en el "contacto" con una sociedad de la que también forman parte.

Proponer la reflexión en estos términos significa aceptar el desafío que están planteando dos elementos fundamentales y que pueden considerarse hoy ya como constitutivos apócales:

a) la transformación en las formas de "ciudadanía",

b) la transformación en la percepción y, concepción del espacio y del tiempo, operada por los procesos de globalización.

En lo que toca a la globalización, hay que señalar que ninguna cultura local, ningún grupo social puede hoy entenderse al margen de los vínculos, cruces y a veces yuxtaposiciones entre lo local, lo nacional y lo global. Sin embargo, esta tríada amenaza con convertirse en un discurso muy cómodo para apelar de manera genérica y socializadora a un proceso que solo la investigación con arraigo empírico -que no empirismo- puede ayudar a comprender a través de sus expresiones y manifestaciones particulares. El mundo como realización de lo local y lo local como expresión de un mundo múltiplemente conectado, configuran el escenario complejo de fin de siglo.

El mundo se desterritorializa, es cierto, con respecto al quiebre de un centre con la periferia, con respecto al discurso de un mercado que se globaliza, con respecto a Internet y sus redes virtual es, pero solo para volver a relocalizarse, a reterritorializarse, es decir a establecer sus nuevas coordenadas de operación.

Quizás uno de los elementos mas pertinentes de estos procesos en relación con las culturas juveniles es lo que podríamos denominar "invención del territorio", noción que permita trabajar la relación entre la reorganización geopolítica del mundo y la construcción-apropiación que hacen los jóvenes de "nuevos" espacios a los que dotan de sentidos diversos al trastocar o invertir los usos definidos desde los poderes.

Por ejemplo, las culturas juveniles han dotado "a la calle", al concierto o "la tocada" -como nombran los espacios musicales los jóvenes mexicanos- de una función política que desborda los espacios formales y legítimamente constituidos para la práctica de la política. Al dotar a "la esquina" del barrio de fundones múltiples como escuchar música, discutir cuestiones publicas, estar juntos, leer poemas y realizar algunas ceremonias colectivas de consume de drogas, los colectivos juveniles que existen en los ámbitos locales transforman el territorio en un signo cultural y político que vuelve evidente, sin la explicitación de la protesta, las exclusiones derivadas de un orden social que al globalizarse opera un vaciamiento de sentido en el espacio.

Junto con otras categorías socioculturales de identidad, mujeres e indígenas por ejemplo, los actores juveniles, al inventar territorios para la acción en una forma de respuesta a las exclusiones, valores, símbolos y formas de comunicación derivadas de la globalización y portadoras de sus propios mecanismos de dominación, señalan que todos estos procesos de escala planetaria no desaparecen el territorio, ni lo convierten en un "no lugar", a la manera de Auge (1993). El análisis de las culturas juveniles desde estas lógicas posibilita entender la reconfiguración de lo local en sus

relaciones complejas (de resistencia, negociación y conflicto) con lo global.

Quizás uno de los "lugares" que se ha visto sacudido desde sus raíces por la dinámica de cruces y cheques entre lo global y lo local sea el de la ciudadanía, que condensa uno de los debates centrales para la sociedad, hoy: la inclusión frente a la exclusión.

Más que abordar en este punto, la crisis económica y política de la modernidad latinoamericana, sin olvidar estos factores, resulta fundamental pensar la crisis cultural de la modernidad latinoamericana, que se ha vuelto más evidente conforme se vuelven visibles los actores, las prácticas y los procesos, que, en su afán de volverse moderna, América Latina "olvido", en tanto no cabían en un proyecto de signo eurocéntrico, masculino, adulto y blanco.

Indígenas, negros, mujeres, quedaron al margen por su "inviabilidad". Después de sesenta años de "modernidad" en -la región"⁶³, los excluidos han vuelto al centro del debate y de la acción, volviendo visible la incapacidad de este modelo para incorporar la diferencia, sin convertiría en desigualdad.

Los reclamos aparecen en la forma de mujeres que buscan mayores y mejores espacios de participación, de movimientos indígenas y étnicos que reclaman su derecho a la inclusión desde su diferencia, en la dramatización con que las culturas juveniles narran su identidad. Manifestaciones todas de la crisis sociopolítica cuyo núcleo radica en la cultura, es decir, en la forma en que se construyó el modo de pensar, mirar y nombrar el mundo.

Las culturas juveniles, algunos movimientos indígenas y un protagonismo ciudadano creciente, han venido a cuestionar el poder legítimo de unos Estados autoritarios y a evidenciar las promesas incumplidas de una modernidad que no ha logrado hacer realidad el sueño de unas naciones en las que todos caben.

En las prácticas irruptivas de muchos colectivos juveniles, más allá de la estridencia o el silencio, más allá de la resistencia o el conformismo, más allá de las músicas y los graffitis, lo que se puede ver es el estallamiento en mil pedazos de ese proyecto político social que se muestra incapaz de ofrecer alternativas a más de 200 millones de latinoamericanos en situación de pobreza.

El modelo clásico y restringido de la ciudadanía, en sus tres dimensiones: civil, política y social (Marshall, 1965), se ve hoy fuertemente cuestionado por lo que algunos estudiosos, Rosaldo (1992) por ejemplo, denominan "ciudadanía cultural", para hacer alusión al derecho a la ciudadanía desde la diferencia. Diferentes analizadoras socioculturales permiten fortalecer esta idea. Por ejemplo, el movimiento indígena zapatista del sudeste mexicano, aparecido en 1994, en su fase temprana planteó varias e importantes ideas, aquella de "para todos, todo, nada para nosotros" o la consigna de "mandar obedeciendo". Lo que el movimiento indígena ha logrado, ha sido plantear una idea distinta del ejercicio del poder. Aparecen en la arena política movimientos no interesados en la loma del poder, pero sí en propiciar otras formas de poder, lo que ha venido a reconfigurar la idea de una ciudadanía pasiva, a una de carácter activo.

La visibilización se conviene en nueva estrategia política. La carnavalización de la protesta, la dramatización de los referentes identitarios, la imaginación para captar la atención de los medios de comunicación, trastoca las relaciones en el espacio público y señala la transformación en los modos de hacer política. El lema de la visibilidad es un asunto clave en lo que toca a la reconfiguración de las formas sociopolíticas del mundo.

Las culturas juveniles se vuelven visibles. Los jóvenes, organizados o no, se convierten en "termómetro" para medir los tamaños de la exclusión, la brecha creciente entre los que caben y los que no caben, es decir, "los inviables", los que no pueden acceder a este modelo y que por lo tanto no alcanzan el estatuto ciudadano.

De otro lado, no puede dejar de señalarse la centralidad de la cultura en las sociedades contemporáneas. Lo que he venido llamando la culturalización de la política, para hacer alusión a la reconfiguración de los referentes que orientan la acción de los sujetos en el espacio público y los llevan a participar en proyectos, propuestas y expresiones de muy distinto cun, pone en crisis los supuestos de una política dura, normativizada y restringida a los "profesionales".

63 Tomando como fecha la década de los treinta, momento de la "epopeya" modernizadora en el caso de México, Argentina y Brasil.

Es esta idea la que a mi juicio, puede ayudar a destrabar no solo las agendas de investigación para universidades y organizaciones sociales, sino de manera fundamental las agendas para las políticas públicas, para los partidos y las autoridades. Se trata de señalar aquí, enfáticamente, que no es que los jóvenes sean apáticos, ni estén ausentes de la participación como quiere hacernos creer cierto tipo de discurso desmovilizador; y, por supuesto, sin intención de convertir estas páginas en apología de los jóvenes, puede afirmarse, a través de una ya larga trayectoria de investigación empírica, que los jóvenes, aunque de manera balbuceante, están inaugurando "nuevos" lugares de participación política, nuevos lugares de enunciación, nuevos lugares de comunicación.

Preguntas y articulaciones

A veces parece existir una especie de reproche a los investigadores que trabajamos desde los colectivos juveniles y desde sus procesos de adscripción identitaria, cuando nombramos su identidad a través de una palabra; *raztecas*, *góticos*, *taggers*, *punks*, *metaleros*, etc. Nombres que se interpretan desde las lecturas externas como un proceso de etiquetación promovido por los propios investigadores. Pero, lo que se intenta con este tipo de análisis es recuperar el modo en que cada uno de estos grupos juveniles construye sus propios procesos de autoidentificación.

Son los nombres con los que se autonomban y cuya diversidad y expansión señala, entre otras cosas, la fragmentación identitaria entre los jóvenes y la diferenciación de caminos y búsquedas que emprenden en su intento por domesticar el caos. La pregunta pertinente, me parece, es si esta fragmentación puede pensarse realmente en términos de multiculturalidad tanto a escala local como a escala global o, estamos asistiendo a un proceso de "gheización" de las identidades que terminará por volver autistas o terriblemente intolerantes a las distintas agregaciones juveniles, procesos favorecidos tanto por la especialización del mercado como por el papel que, algunos medios de comunicación están jugando en el modo de narrar el conflicto social.

Crear las alternativas

Los distintas formas de agregación juvenil parecen estar reivindicando de manera creciente el valor de lo local, del comunitarismo y del autoempleo, que no pueden entenderse al margen de los procesos de globalización, de individualización y del proyecto económico dominante. En este nivel, por ejemplo, la creación de microempresas culturales y artesanales, de brigadas que hacen danza, boletines y otras producciones culturales (como en el caso de los *raztecas* y *punks*), obliga a un replanteamiento en el modo tradicional en que las políticas de juventud pretenden atender los problemas del empleo. Ante la precarización del empleo, llamada eufemísticamente "flexibilización", algunas identidades juveniles parecen encontrar la forma de decirle a la sociedad "yo puedo reinventar las formas de trabajo".

En este nivel son varias las preguntas pertinentes. Por ejemplo, la necesaria indagación en relación con las formas de autoempleo que aparecen entre los jóvenes y que de un lado hacen visible el deterioro estructural de los mecanismos de incorporación social, pero de otro lado, apuntan hacia una "sensibilidad" distinta para relacionarse con la lógica del empleo formal característica del siglo XX. Hay ahí una pregunta estructural y una pregunta cultural.

Rituales para, el desconcierto

En el trabajo de seguimiento y acompañamiento de las formas que asumen las identidades juveniles, la pista en torno a la socioestética, come como una categoría que permite analizar la manera en que "la forma" termina por convertirse en fondo. Un conjunto importante de colectivos juveniles empiezan a buscar maneras posibles de salir de los circuitos del mercado, entendido aquí como la oferta regulada de "identidades a la carta".

El vestuario, las marcas corporales; la apariencia, buscan no solo la expresión libre del cuerpo, sine la dramatización de algunas de las creencias fundamentales de las que hacen parte. Muchas de las estéticas juveniles son producto de mezclas, préstamos e intercambios, que resignifican en una solución de comunidad la contradicción.

En este nivel no basta el trabajo *in situ*, es decir no basta "estar ahí", en términos antropológicos (Geertz. 1997). Se trata también de trabajar con los productos y los procesos de producción cultural de los jóvenes, para tratar de "escuchar" que es lo que están tratando de decir a través de sus músicas, de su poesía, de sus graffitis., que es lo que están tratando de decir a la sociedad en términos de configuraciones cognitivas y configuraciones afectivas y especialmente, de configuraciones políticas.

Los anclajes

Con relación a las rupturas de las formas de vida socialmente legitimadas, entre los jóvenes, resulta fundamental no perder de vista las diferencias y similitudes ancladas en la pertenencia a una clase y a los diferentes estratos socioeconómicos. Las generalizaciones siempre; resultan peligrosas y en sociedades tan jerárquicamente clasistas como las nuestras, este componente sigue jugando un papel clave a la hora de la conformación de las identidades sociales. De que jóvenes estamos hablando, donde están sus anclajes profundos y sus anclajes situacionales.

Fuerzas y tensiones

El estudio de las concreciones empíricas que asumen las diferentes-grupalidades juveniles permite no solo el análisis "fino" de representaciones y prácticas diferenciadas. Las expresiones juveniles, señalan, de diferentes maneras, que la globalización no es solo un fenómeno de carácter económico o un proceso que paso solamente por los grandes medios de comunicación. No se puede tampoco apelar, simplistamente, a una explicación por la vía del "contagio cultural".

Si hay algo que parece caracterizar a los movimientos sociales del tercer milenio es la tensión entre dos fuerzas aparentemente antagónicas. La metáfora gravitacional puede ser útil aquí. Una primera fuerza "centrípeta" (la que mantiene a los cuerpos girando alrededor de un centro) se manifiesta en el constante retorno a un pasado que se extravió en alguna parte del camino; los movimientos ambientalistas, algunos movimientos indigenistas y varios movimientos juveniles, se moverían "atraídos" por "el centro" que puede representar la refundación del pasado.

De otro lado, una fuerza centrífuga (la que aleja a los cuerpos del centro hacia la tangente), estaría expresándose en los movimientos de repliegue, de automarginación frente a un presente que se percibe caótico y sin opciones. La denegación de la política altamente política, de la que habla Beck (1999), puede entenderse muy bien en estos movimientos desde los márgenes.

Estas tensiones no se corresponden con los movimientos conservacionistas y tampoco con el individualismo narcisista de la era posmoderna. El asunto es complejo y escapa a la etiquetación ideológica en estos tiempos en que el sentido no tiene domicilio fijo.

No hay demasiadas certezas pero los nuevos habitantes de la aldea global no parecen encontrarse demasiado cómodos en el tiempo-espacio del presente, y lo hacen sentir.

El que numerosos colectivos juveniles (y muchos movimientos sociales), retomen a los temas indígenas, a los temas de la negritud, al de las minorías inmigrantes o a la nación fundacional, como el caso de las identidades chicanas en los Ángeles que han acunado para esa ciudad el nombre la "Nueva Azulan" (según algunas teorías, Azulan es el nombre original de México), plantea una pregunta con mayúsculas. Procesos que pueden verse como una búsqueda de referentes, de certidumbres, de lugares de anclaje. Ante la velocidad, el deterioro de los emblemas aglutinadores y la disputa planetaria por la conquista de una nueva hegemonía capaz de reacuarpar a la sociedad, los jóvenes, ¿buscarían en el "origen" y en los "márgenes" elementos para explicar el presente y proyectar el futuro?

En el proceso de blanquización de varias de las sociedades modernas latinoamericanas, el patrimonio del origen quedo como un pasado glorioso, que había que superar; en la adopción de un modelo en el que se dio una fuerte tendencia a borrar todo aquello que impedía el avance hacia esa modernidad de escaparate, hubo grandes pérdidas. Hoy, actores históricamente excluidos de esos procesos de modernización, ciudadanos de tercera y quinta categoría, intentan recuperar ese pasado, a veces, de forma democrática; a veces, con ciertos regresos autoritarios o románticos. Pero no deja de resultar paradójico que en plena era de la "sociedad red" de la "aldea global" y de la llamada "sociedad postindustrial, se busque el sentido del presente en el pasado y el sentido del lugar en el afuera.

Por ello, la relación. entre lo local y lo global implica como reto para la investigación, la capacidad de movimiento, de desplazamiento veloz y de atención concentrada en los distintos espacios que se convienen en lugares de altísima densidad significativa para pensar la sociedad. Estoy convencida de que uno de esos lugares es el de los territorios juveniles.

El "síndrome Giuliani" y los medios de comunicación

Los jóvenes -aunque, por supuesto, no de manera exclusiva- se han convertido en los destinatarios de un autoritarismo que tiende a fijar en ellos de manera obsesiva los miedos, la desconfianza, las inquietudes que provoca hoy la vulnerabilidad extrema en diversos ordenes sociales.

La "doctrina Giuliani" exportada al mundo desde Nueva York a partir de 1993. ha colocado en el ojo del huracán a los jóvenes de los sectores populares. "Tolerancia cero", como se denominó en NY la campaña policíaca para combatir el pequeño crimen, bajo el supuesto de que quien rompe una ventana o hace un graffiti es capaz de volar un edificio en pedazos, no solamente ha impactado a los gobiernos del continente en sus "programas" de combate a la violencia, sino que además, de manera tenue pero eficiente, se ha instalado en el lenguaje de los medios de comunicación (la televisión, principalmente) para actuar como caja de resonancia de un imaginario al que le sobran miedos y le faltan chivos expiatorios.

El tratamiento informativo que se hace de la nota en general y en particular cuando se habla de los jóvenes, está lleno de calificaciones y estigmatizaciones, que fomentan-generan una opinión pública que tiende a justificar el clima de violencia policíaca y de constantes violaciones a los derechos humanos.

La configuración de los miedos que la sociedad experimenta ante ciertos grupos y espacios sociales tiene una estrecha vinculación con ese discurso de los medios que, de manera simplista, etiqueta y marca a los sujetos de los cuales habla. Mediante estas operaciones, ser joven equivale a ser "peligroso", "drogadicto o marihuana", "violento"; se recurre también a la descripción de ciertos rasgos raciales o de apariencia para construir las notas. Entonces, ser un joven de los barrios periféricos o de los sectores marginales se traducen en ser "violento", "vago", "ladrón", "drogadicto", "malviviente" y "asesino" en potencia o real.

Se refuerza con esto un imaginario que atribuye a la juventud el rol del "enemigo interno" al que hay que reprimir por todos los medios.

Estamos aquí ante una especie de "transferencia" de responsabilidades. Al tratar la violencia, la falta de seguridad, el incremento de la delincuencia, sin contextos sociopolíticos, se hace aparecer a los sectores marginales, a los pobres de la sociedad, especialmente los jóvenes, como los responsables directos de la inseguridad en las ciudades y esto, de nueva cuenta, favorece el clima de hostigamiento y represión y otra vez, la justificación de las medidas legales e ilegales que se emprenden en contra de estos actores.

De ahí que el saldo de los acontecimientos, arroje como balance una esquizofrénica dicotomía entre "muertos buenos" y "muertos malos", o peor aun "muertos olvidables". Las noticias de hechos de violencia en contra de jóvenes se convierten en algo natural, normal, pasan a segundo plano, se olvidan. Y con esta amnesia se contribuye a la aceptación de la impunidad, a la tolerancia infinita que no es capaz de ponerle un freno a la violencia que proviene de donde proviene.

La multidimensionalidad de las violencias que han estallado en este último tramo hacia el tercer milenio, las vuelve difícilmente asibles y por lo tanto difícilmente representables. El mecanismo más sencillo es el de recurrir a un "chivo expiatorio" a quien pasarle las facturas. La contribución que en esto realizan buena parte de los medios de comunicación por omisión o por acción, es indudable.

Cuando las instituciones políticas han caído en el descrédito y deslegitimación, cuando la autoridad se muestra incapaz de dar respuestas eficientes a los problemas de las comunidades, cuando la sociedad no encuentra cauces de participación, es fácil que los medios dejen de ser precisamente eso, "medios", y se conviertan en actores de peso completo que se erigen en jueces, en árbitros, cuyas construcciones del acontecer tienen efectos reales sobre la sociedad contemporánea.

Se trata de una bola de nieve, mientras impera un imaginario que atribuye a ciertos actores sociales unas características que justifiquen las razzias eufemísticamente llamadas "operativos antipandillas", mientras se consienta la violencia institucionalizada u otras, mediante mecanismos discursivos que la expliquen por su vinculación con algunos constitutivos identitarios (la religión, el color, la raza, la edad, el sexo), mientras impera entre gobernantes y gobernados una relación de miedo y desconfianza, no será posible avanzar en el diseño de principios reguladores que la sociedad requiere para enfrentar los desafíos que le plantea la magnitud de la crisis que atraviesa.

Hay, en la triple relación: políticas públicas de combate a la delincuencia, el discurso y los dispositivos de los medios de comunicación y los imaginarios colectivos, una agenda de investigación urgente en tanto ella puede ayudar a repensar los modos de la ciudadanía juvenil.

Ciudadanías, un relato posible

La irrupción en la escena política de las dimensiones de la vida privada y cotidiana y la visibilización creciente del discurso de la diferencia cultural como un componente indisociable -de las democracias modernas, han hecho estallar las concepciones clásicas de ciudadanía, que ha reconocido básicamente tres dimensiones: la civil, que garantiza los derechos civiles y las libertades personales para los miembros de un territorio delimitado; la política, que busca garantizar el derecho al sufragio y a la participación y, finalmente, la social (que aparece asociada al fortalecimiento del Estado de bienestar), referida a los derechos al bienestar y vinculados a la política social del Estado-nación (Marshall 1965).

Estas tres acepciones conciben la ciudadanía como un status o situación legal (Ramírez, 1998), Lo que importa destacar aquí es que son los movimientos sociales en su compleja heterogeneidad los que han venido a señalar la insuficiencia de una conceptualización pasiva en la que la ciudadanía parece una graciosa concesión de los poderes y no, como de hecho esta demostrando ser, una mediación fundamental que sintetiza o integra las distintas identidades sociales que el individuo moderno puede actualizar (mujer, indígena, negro, profesional, consumidor, espectador, joven, publico, homosexual, etc.), para participar con derechos plenos en una sociedad.

El debate en torno a la ciudadanía es hoy día uno de los más vigorosos, tanto en los foros sociopolíticos como académicos, y ello se explica, en parte, por la necesidad de renombrar un conjunto de procesos de incorporación y reconocimiento social que no se agotan en la pertenencia a un territorio, en el derecho al voto y a la seguridad social, sino que de manera creciente se articulan a la reivindicación de la diferencia cultural como palanca para impulsar la igualdad. Se debate ya una cuarta dimensión de la ciudadanía, "la cultural" (Rosaldo, 1992), dimensión que se ha hecho visible en las luchas políticas de minorías y excluidos de los circuitos dominantes, en las que el reconocimiento de la pertenencia a una comunidad específica, con los derechos y obligaciones que de ello se derivan, es la demanda central a la que se integran las otras dimensiones, sin anularlas ni contradecirlas.

En el contexto latinoamericano, donde la política social y las políticas públicas para los jóvenes se restringen, en el mejor de los casos, al ámbito de la educación formal o capacitación, a la salud y el deporte, este resulta un tema complejo. Algunas investigaciones empíricas han señalado que los jóvenes son especialmente sensibles a este tema. Quieren participar pero no saben como colocarse ante una sociedad que los exalta y los reprime simultáneamente.

Cuando se indaga en su discurso, lo que va apareciendo es un conjunto de "prácticas sin nombre", es decir, la casi imposibilidad para ellos mismos de nombrar su pertenencia ciudadana. Ello me ha llevado a formular la hipótesis de que para la mayoría de los jóvenes, la ciudadanía se define en la práctica, se iría de una concepción activa que se define en el hacer: "si estudio o trabajo (en lo que sea), hago una revista cultural o loco en un grupo, soy ciudadano", en cambio, "si no aparezco en listas (de admisión a las instituciones de educación) o no consigo trabajo, la policía me reprime o carezco de espacios de expresión, no soy ciudadano".

Así, la ciudadanía aparece directamente vinculada al eje de la inclusión-exclusión. Y, además de las condiciones objetivas que la soportan (instituciones, políticas, servicios, normas) tiene un componente afectivo importante que se expresa en "nuevas sensibilidades" (Martín Barbero, 1998), que reorganiza los saberes tradicionales en un contexto de incertidumbre para ponerlos a funcionar, a veces con un sentido pragmático, a veces crítico, con el objeto de ganar espacios de inclusión y participación.

Resulta difícil captar los distintos significados, tradicionales y emergentes con que los jóvenes dotan de sentido a la ciudadanía: la ciudadanía como el ámbito de los derechos civiles (tribunales, leyes, impartición de justicia); La ciudadanía como ámbito de los derechos políticos (democracia formal, democracia representativa y democracia directa); como ámbito de los derechos sociales (servicios de seguridad social, educación, derecho al empleo); como ámbito de los derechos culturales (inclusión reconocimiento de su identidad diferencial)

Captar estos sentidos permitirá avanzar en la intelección de la distintas formas en que los jóvenes participan real o virtualmente en el espacio social.

Si la ciudadanía se define en el hacer, son las prácticas el territorio privilegiado para explorar la participación juvenil, que no puede restringirse, por las razones que se han discutido, a los ámbitos explícitamente formales. En la complejidad de sentidos con que los jóvenes habitan el espacio público, radican pistas para entender el futuro en nuestras sociedades.

Si, de un lado, es fundamental reconocer (y aplaudir) los signos de una sociedad civil en plena emergencia;" de otro lado, se requiere de un optimismo cauteloso que permita hacer la crítica de las formas de socialidad contemporánea. La

dificultad estriba en que el movimiento no se detiene para esperar pacientemente a que pensemos; hoy mas que nunca la sociedad requiere de la habilidad para establecer las reglas de juego en el propio juego. Por lo pronto, es urgente una investigación que penetre hermenáuticamente los mundos y los modos de la vida de las culturas juveniles, como condición para el impulso de ese proyecto político sin el cual la diferencia y la diversidad son meros instrumentos retóricos de la dominación y caldo de cultivo para la(s) violencia(s).